EL TEATRO
MODERNO

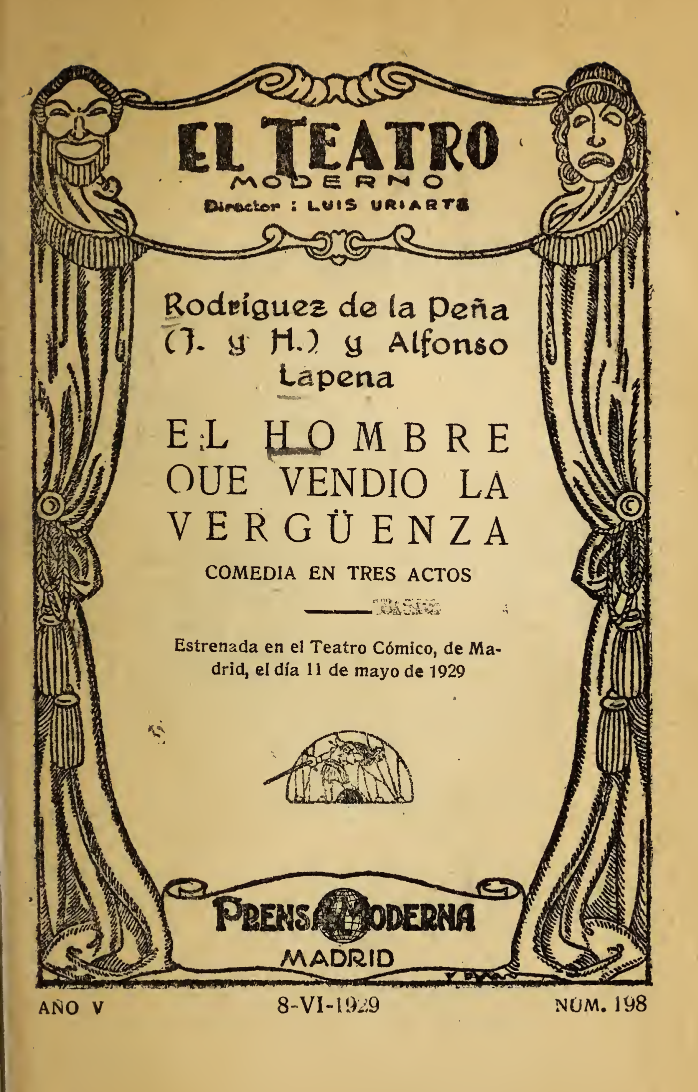





J. R. DE LA PEÑA y
A. LAPENA

# El hombre que vendió la verguenza

Gago
XXIX




EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE



Rodríguez de la Peña (J. y H.) y Alfonso Lapena


# EL HOMBRE QUE VENDIO LA VERGÜENZA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Cómico, de Madrid, el día 11 de mayo de 1929


PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO V 8-VI-1929 NÚM. 198

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| Elena... ... ... ... ... ... ... ... ... | *Rosarito Iglesias.* |
| Conchita... ... ... ... ... ... ... ... | *Soledad Domínguez.* |
| Remedios... ... ... ... ... ... ... ... | *Consuelo Pastor.* |
| Cata... ... ... ... ... ... ... ... ... | *Pilar Gómez Ferrer.* |
| Rirri... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | *Sofía Norro.* |
| Doña Claudia... ... ... ... ... ... ... | *Vicenta Vallejo.* |
| Una damita... ... ... ... ... ... ... ... | *González (N.).* |
| Don Moisés... ... ... ... ... ... ... | *Carlos M. Baena.* |
| Enrique... ... ... ... ... ... ... ... ... | *Rafael Nieto.* |
| Castilla... ... ... ... ... ... ... ... ... | *Pablo Muñiz.* |
| Camarero... ... ... ... ... ... ... ... | *Miguel Santibáñez.* |
| Trotonda... ... ... ... ... ... ... ... | *Francisco Ros.* |
| Parroquiano... ... ... ... ... ... ... | *Morate (N.).* |
| Bohemio 1.º... ... ... ... ... ... ... | *José María Navarro.* |
| Idem 2.º... ... ... ... ... ... ... ... | *N. N.* |

# ACTO PRIMERO

**Bar de un barrio madrileño. Un cartel dice: "Por higiene..."; el resto no se lee. Debajo pone otro cartel: "La dueña acepta el traspaso". Sobre una puerta, que comunica con los salones interiores, se lee: "Billares". Al levantarse el telón están sentados junto a una mesa dos parroquianos en silencio. Encima un cartel dice: "Ostras".**

## ESCENA I

El ama, *doña Claudia; Guzmán,* el camarero, y *parroquianos.*

GUZ. (*Mirando con asco al tío malencarado que está junto al bombo de metal.*) ¡Ya está ahí ese tío! ¡Maldita sea su cara!

CLAU. ¿Qué maneras son ésas? ¡Repórtese o se va a echar café a otro lado! ¡Aquí, no!

GUZ. ¡Doña Claudia!

CLAU. Le he dicho a usted que procure dar salida a esos bocadillos de anchoas que llevan ahí una semana y vamos a tener que tirarlos. ¡Es usted un atontao!

GUZ. ¿Tengo yo la culpa? ¡Están putrefactos!

CLAU. ¡Ahí la habilidad de los camareros!

PARRO. ¡Camarero!

GUZ. ¡Va!

CLAU. ¡Alegre usted esa jeta!...

GUZ. Señora, si yo sé el genio que usted tiene... He venido engañado.

PARRO. ¡Camarero!

GUZ. ¡Va!

CLAU. No quiero morros. Al público hay que servirle con buena cara. Ya lo sabe usted.

GUZ. ¡Bueno!
CLAU. Ni bueno ni nada. ¡No venir público a este bar, dando como damos un regalo al que toma cincuenta cafés!
GUZ. Y no los aguantan. ¡Revientan antes!
CLAU. ¡Sirva!
GUZ. (*Yendo a servir, malhumorado.*) Ya cogió la mesa para todo el día. Ese tío es de plantilla. ¡Inamovible! (*Doblándose de fino.*) Caballero, ¿qué desea usted?
PARRO. Que sirvas más de prisa. Trae "Guita". Un chato.
GUZ. (*Tocándose la nariz.*) ¡Miau!
PARRO. ¿Qué es eso? ¡Eres idiota! Trae "Guita". Manzanilla. ¿Hay esa marca?
GUZ. Creí que era broma, señor.
PARRO. Yo, cuando tengo ganas de broma juego con mi señora. ¿Hay o no hay?
GUZ. Sí, señor; hay "Guita". (*Medio mutis.*) ¿El señor quería un bocadillo de anchoas?
PARRO. ¿Anchoas yo? ¡A mí las anchoas me sientan como un tiro!
GUZ. Las de esta casa...
PARRO. Las de esta casa y las del Cantábrico. ¡Qué bruto es este camarero!

## ESCENA II

*Dichos* y *Parroquiano* 2.°

PAR. 2.° (*Asoma por la puerta indeciso y mira a uno y otro lado.*)
GUZ. Pase, caballero, hay una mesa.
PAR. 2.° (Vamos a ver cómo se me da el día.) (*Se sienta.*) (A ver si pica este camarero.)
GUZ. ¿Qué desea el señor?
PAR. 2.° (*Mirándole fijamente.*) ¿De qué te conozco yo a ti?
GUZ. No sé. ¡Como no sea de Guadalajara!
PAR. 2.° Justo. De Guadalajara.

GUZ. Yo nací en la Plaza Vieja, en el número dos.
PAR. 2.º Y yo en el cuatro.
GUZ. ¿En la casa de la botica?
PAR. 2.º En la casa de la botica.
GUZ. ¡Anda! ¿Y cómo dice usted que se llama?
PAR. 2.º Trotonda.
GUZ. ¿Y Sánchez?
PAR. 2.º Y Sánchez.
GUZ. Entonces le toca usted algo a Juan el Moruno.
PAR. 2.º No le toco nada.
GUZ. Pero a la Bernarda sí la toca usted.
PAR. 2.º A la Bernarda sí la toco.
GUZ. Entonces, usted es hermano de Pepita, la que se escapó con un cómico.
PAR. 2.º (*Aparte.*) No me hace gracia este borrón. Los casaron en seguida, ¿sabes? Ahora mi hermana vive en paz y en gracia de Dios.
GUZ. Pero ¿no se murió la Pepita?
PAR. 2.º (*Rápido.*) Por eso digo, paisano, que ahora mi hermana vive en la gracia de Dios, allá, en el cielo.
GUZ. ¿Y usted, qué se hace?
PAR. 2.º (*Que ha visto que se traspasa el bar.*) He venido a Madrid a ver si me quedo con un bar en traspaso. (*Mirando alrededor.*) Este no me disgusta.
GUZ. La dueña quiere traspasar.
PAR. 2.º ¿Es que no viene gente?
GUZ. Poca, pero buena, eso sí. Vienen intelectuales y cómicos. Aquel que está allí (*Señalando.*) es un cómico. Y en esta misma silla estuvo sentado ayer el pastor poeta.
PAR. 2.º Con una clientela así podíamos hacer negocio.
GUZ. Sí, señor. Ahora vamos a poner música de señoritas. ¿Qué le sirvo?
PAR. 2.º Dame un bocadillo, pero de amigo, ¿eh?
GUZ. (*En voz alta para que lo oiga la dueña.*) Tenemos unos bocadillos de anchoas riquísimos. (*Bajo.*) No le aconsejo las anchoas.
PAR. 2.º Pues dame jamón. (*Dándole coba.*) Se ve que tú no eres un camarero vulgar.

GUZ. ¡Y que lo diga usted, señorito! ¿Usted conoció a mi familia? Cuando yo vine al mundo estaba mi madre en muy buena posición.

PAR. 2.° Hará años que faltas de Guadalajara.

GUZ. Sí, señor. Caí soldado y me llevaron a Cataluña. Al ama se lo he dicho: "De Cataluña vengo de servir al rey...".

PAR. 2.° Sí... sí... Dame cerveza.

GUZ. ¿Tercio? ¿Caña?... ¡Pero tengo yo una suerte! ¡Si viera usted!...

PAR. 2.° ¿La tienes negra?

GUZ. Sí, señor.

PAR. 2.° Pues negra. Una caña.

GUZ. En seguida. (*Vase por el servicio, contentísimo.*)

ESCENA III

Entran dos jovencitas desenvueltas y pintadas, *Cata* y *Rirri.*

CATA. (*Entrando mira con cierto desdén el local.*) Me parece este café de poco postín. Estos tienen facha de bohemios.

RIRRI. A lo mejor por la noche viene mejor público. (*Se sientan.*)

GUZ. ¿Qué desean las señoritas?

CATA. Oiga: ¿es aquí donde quieren poner música?-

GUZ. Sí, señorita.

RIRRI. ¿Un sexteto?

GUZ. Femenino. Un sexteto de seis señoritas. ¿Las señoritas son artistas?

CATA. Yo toco el piano.

RIRRI. Y yo el violín. ¿El ama es la que está en el mostrador?

GUZ. Sí, pero si quieren hacerme caso a mí no le hablen al ama.

CATA. Pues ¿a quién?

GUZ. Ese señor que está ahí sentado (*Señalando al parroquiano 2.°*) se va a quedar con el traspaso del café. Es un paisano mío muy rico. ¡Si quieren las señoritas que yo le hable!

RIRRI. Pues muy bien, ¿verdad?

CATA. Háblele, a ver qué dice. (*Va el camarero y habla con el parroquiano 2.º Miran a las chicas.*)

CATA. Sonríete, mujer, no pongas esa cara de guardia.

RIRRI. ¡Ay! sí, es que estaba descuidada. (*Cata y Rirri empiezan a timarse "de buena manera" con el parroquiano. Se desearía encomendar esta escena a una o dos jóvenes actrices con ambiciones para que le sacaran partido con detalles graciosos.*)

RIRRI. Ya ves tú cómo hemos hecho bien en venir.

GUZ. *(Vuelve.)* Ya está.

CATA. ¿Qué dice ese señor?

GUZ. Que entran ustedes en el traspaso. Eso es lo que se llama llegar a tiempo. Han llegado ustedes con mucha suerte. *(El Parroquiano 2.º hace señas.)*

CATA. Dice que vayamos.

GUZ. Las querrá contratar ahora mismo.

CATA. Vamos. *(Se levantan.)*

GUZ. ¿Las llevo algo?

CATA. Dos Torinos. *(Llegan a la mesa del Parroquiano 2.º y saludan.)*

CATA. Tanto gusto.

PAR. 2.º (*Se inclina.*) Siéntense. Ya me ha dicho Guzmán...

RIRRI. ¿Quién es Guzmán?

PAR. 2.º El camarero.

RIRRI. ¡Ah! Sí.

CATA. ¿Usted es el nuevo amo del café?

PAR. 2.º Sí... En cuanto he llegado me he hecho el amo. Esto es un negocio.

RIRRI. ¿Y va usted a poner un sexteto?

PAR. 2.º ¡Claro! Es en lo primero que he pensado, en poner un sexteto. *(Por la puerta de los billares asoma un jugador con un taco en la mano y grita: "¡Bola!")*

GUZ. ¡Voy!

CATA. *(Sonriente e insinuante.)* Pues si usted me necesita..,

PAR. 2.° ¡Cómo! ¡Pues naturalmente! Una mujer como usted es lo que yo necesito.
RIRRI. ¿También a mí me toma usted?
PAR. 2.° También. ¡Claro que también! ¡Pues no faltaba más!
RIRRI. Ahora se coloca una difícilmente. En todas partes prefieren a los negros.
PAR. 2.° Yo no. Yo no prefiero a los negros. Cada cual con su gusto. A mí los negros me dan náuseas. En fin, no hay más que hablar. Ustedes ya son cosa mía. Hemos simpatizado y yo me encargo de todo. ¡Guzmán!
GUZ. ¡Señor!
PAR. 2.° Jefe, llámame jefe ya. Yo me quedo con esto. Hasta luego. ¡Ah! Para no ir a la fonda, déjame unas pesetas, que voy a acompañar a estas señoritas.
GUZ. *(Obsequioso.)* ¿Cuánto quiere el señor?
PAR. 2.° Dame cuatro o cinco duros. Dame cinco. ¡Hasta luego! *(Aparte.)* ¡Cinco duros, dos señoras!... ¡Hoy sí que me ha salido bien el día! Vamos, señoritas. *(Vanse.)*
GUZ. *(Despidiéndole desde la puerta con el trapo.)* ¡Hasta luego, jefe! *(Entrando.)* ¡Qué simpático es el nuevo jefe! ¡De la Alcarria tenía que ser!

## ESCENA IV

*Dichos, Castilla, Bohemios* 1.° y 2.°, *Conchita* y una *damita.*

CASTI. ¡Adelante, señores! ¡Hoy es un gran día! Pasen las damas y acomódense y pidan lo que quieran.
BOH. 1.° ¿Es aquí donde viene Enrique?
CASTI. Aquí, amigo. Esta es la cueva del león... y de la leona. Aquí les encontraremos.
DAMI. ¿Vendrá también Elena?
BOH. 2.° Dicen que un tendero se la disputaba a Enrique.

CASTI. Sí, hay un tendero que se la llevará, amigos míos, se la llevará porque el tendero significa para ella la abundancia, el automóvil, la casa propia, los tapices, las cortinas persas, los armarios como altares, las joyas y el veraneo con Kodak.

CON. ¿Tan rico es?

CASTI. ¡Un Creso! Pero se case o no—ese detalle no tiene importancia—, Elena es de Enrique. Yo los he visto aquí, cómo se miraban, cómo se hablaban, cómo se... Ella es la que ha descubierto el talento de Enrique, la que lo alienta y lo fortalece...

BOH. 1.° Y la que lo alimenta.

CASTI. También. Pero sin que él lo sepa. ¡Enrique es un caballero! (*Grandes aspavientos.*) Pero ella es lista, lista, y se las apaña... En fin... ¡esta prosa miserable de la vida!

BOH. 1.° De ésas ya quedan pocas.

BOH. 2.° ¡Esa es una mujer!

BOH. 1.° ¡Qué ganga pierde Enrique!

CASTI. Por ella le han dado el premio al novel; ella le inspiró el artículo premiado con cien pesetas.

BOH. 1.° ¡Ah! ¿Fué ella?

CASTI. Ella. Se hablaba de poetas y fué Elena la que dijo: "Tú eres el más fuerte; ¿por qué no escribes exaltando la rebeldía, la fuerza y la cólera? ¿Por qué no fomentas la indignación?" Y entonces Enrique lo escribió ahí mismo.

CON. ¿Es bonito?

CASTI. ¡Es grandioso! Es como si se pintara en un cuadro el fin de la sociedad materialista. Por dinero, unos hombres se destrozan, otros se vuelven locos. Las mujeres salen de las orgías medio desnudas, pintándose los labios y corren por la ciudad que arde y se derrumba. ¡Los hombres, entregados a los deportes físicos, lucen también sus formas! ¡Todo esto acompañado de un jazz-band de negros americanos!

BOH. 1.° ¡La idea es magnífica!

CASTI. Se ve al poeta que va, y viene, y grita, y se exalta...
CON. ¿Y eso es lo que le han premiado?
BOH. 2.° Eso.

## ESCENA V

*Dichos y Enrique.*

CASTI. ¡Aquí está el poeta! (*Escena de gran animación. Todos se ponen de pie y le felicitan.*)
ENRI. ¡Hola, amigos!
BOH. 1.° ¡Enhorabuena!
BOH. 2.° ¡Te felicito! (*Efusión general.*)
CASTI. Hemos venido a celebrar tu triunfo. Estábamos hablando de ti. ¿Has cobrado?
ENRI. No... no tengo un cuarto. (*La alegría anterior contrasta con la pena y desilusión que ocasionan estas palabras.*) Pero ¿qué importa? Tomad lo que queráis. ¡Guzmán!
GUZ. ¿Llamaban los señores?
ENRI. Sirve a mis amigos y a estas señoritas. Y manda al estanco por cigarrillos egipcios. Yo pago.
GUZ. Mostrad cómo.
ENRI. ¿Qué dices?
GUZ. (*Humilde.*) Digo, que yo por mí, don Enrique, les traería a los señores panetelas de Henry Clay, pero el ama no quiere.
ENRI. Sirve, idiota. ¡El dinero no tiene valor ninguno para mí!
GUZ. Pues eso es. Que debe usted cuarenta cafés, y el ama me ha dicho que de los cuarenta para arriba... ni uno más.
ENRI. ¿Y te atreves a negarme eso? ¡A mí, a Enrique Dantés! ¡Analfabeto!
GUZ. Soy un mandado.
ENRI. ¿Tú sabes el dinero que tengo yo aquí? (*Se golpea la frente.*) ¡Así protegéis el arte, turba vil y abyecta! ¡Yo, que honro este sucio zaquizamí con mi presencia, y que al pisar esos um-

brales lleno con la gloria de mi nombre este chiscón! ¡Trae, trae pronto esa pócima de cacahuete con que me intoxico, esclavo!

GUZ. Yo, por mí, don Enrique...

ENRI. ¡Ah!, ¿pero desconfías?... ¡Toma, quédate con ese libro maravilloso!

BOH. 1.° (*Sacando otro libro.*) ¡Toma!

GUZ. Tomo.

BOH. 2.° (*Dándole otro libro.*) Es un resto de edición.

GUZ. ¡He quedado para los restos!

ENRI. ¡Hoy es para todos un día de fiesta!

GUZ. (*Que está cargado de ejemplares.*) ¡La fiesta del libro! (*Va a irse con los libros, pero se enternece y vuelve a dejarlos sobre la mesa.*) Yo no les tomo a ustedes eso. Primero me cortaba la mano. ¡Si el ama no les fía, yo sí!

ENRI. Bien, muchacho. Estos cafés que me vas a fiar harán tu fortuna. Pronto, muy pronto, yo seré un hombre glorioso y rico...

GUZ. Yo lo hago sin interés, señorito Enrique. Que se me pudre la sangre de ver a un hombre con el talento que tiene usted, pasando necesidad. ¡Si yo fuese rico!

ENRI. (*Que ve al muchacho entusiasmado.*) ¡Dinero!... Eso lo tiene cualquiera. ¡Dame un duro!

GUZ. (*Dándole el duro.*) Sí, señor, sí.

CASTI. Ahora le han dado el premio al novel. ¡Figúrate! Es dinero seguro.

GUZ. ¡Quién tuviera esa cabeza!

CASTI. (*Al camarero, que va a irse; bajo, para que no se den cuenta los compañeros.*) Dame dos pesetas, que voy a gastar una broma.

GUZ. ¿A mí?

CASTI. A éstos.

GUZ. (*Se las da, exclamando:*) ¡Y no tienen talento! ¿Qué les traigo, señoritos?

ENRI. Trae champán. (*El camarero abre los ojos desmesuradamente y se sonríe alelado.*)

CASTI. ¡Trae champán, que vamos a brindar!

GUZ. ¿Champán?

CON. No; vino. Yo quiero tomar con vosotros una copa de vino.

ENRI. ¡Trae jerez!

GUZ. (*Rascándose un carrillo, y dudando.*) ¡Champán! ¡Jerez!... ¡¡Señoritos!!

CON. (*Riéndose.*) El pobre muchacho cree que le vamos a arruinar. (*Al camarero, con decisión.*) Espera. (*Se quita del cuello una cruz y una cadena de oro.*) ¡Dale a nuestros amigos una copa de jerez! ¡Que beban! ¡Que celebren el triunfo de Enrique!

ENRI. Y quizás mi despedida.

CON. ¡Pues trae jerez, por si es la última copa que tomamos juntos!

GUZ. Sí, señorita. Y usted perdone, pero el comercio...

CASTI. (*Queriendo pegarle.*) ¡Vas a mentar aquí el comercio, atontado!

CON. Déjalo, Castilla; tiene razón el muchacho. El comercio es una cosa seria.

GUZ. (*Mirando con admiración la cruz.*) ¡Ya tengo una cruz!

ENRI. (*Alzando una copa.*) ¡Por nuestras mujeres! ¡Por las generosas compañeras de los poetas! ¡Por usted! (*A Conchita.*)

CON. ¡Por Elena! (*Alzando su copa.*)

ENRI. ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Por este momento tan bueno que nos reúne aquí y que fortalece y calienta mi corazón como este vino de Andalucía. Señores, mi vida está a punto de tomar otro rumbo. Soy pobre, pero tengo un tesoro que es la mujer que amo. Si lo pierdo, me quedaré más pobre todavía, y miserable. Y lo voy a perder.

BOH. 1.º ¡Abajo el comercio!

TODOS. ¡Abajo!

CON. Si ella le quiere, no la perderá usted.

CASTI. Ella hará lo que tú le digas.

ENRI. Yo no la diré nada, porque no puedo ofrecerla nada. Si rompe esa boda y se viene conmigo, perderá su casa, su familia, sus amigos... Su

padre la repudiará, renegará de ella... Todo el mundo dirá que fué una loca y una perdida!

DAMI. ¡Pero si usted la quiere!...

ENRI. ¿Yo? ¡Cincuenta mil comerciantes no podrían darle este amor loco que yo siento por ella! Para mí es una criatura excepcional, única... Es como el primer aliento de la primavera. Por ella son los delirios de mi fantasía y los latidos de mi sangre. ¡Pero no torceré su voluntad!

BOH. 1.º Eso se arregla con más vino. ¡Camarero! (*Acude Guzmán.*) ¡Más jerez! (*La dueña hace señas al camarero de que no les sirva.*)

GUZ. No hay más.

BOH. 1.º (*A la amiga.*) ¿No tienes tú otra cruz?

ENRI. (*Levantándose.*) ¿Que no hay más? ¡No puede ser! ¡Hoy quiero beber yo y que beban mis amigos! (*A Castilla.*) Voy a buscar dinero. Voy a ver si me dan algo a cuenta del premio. ¡Vuelvo en seguida! (*Mutis de Enrique.*)

CASTI. (*Al camarero.*) ¿Ves a lo que has dado lugar? Ahora va por dinero, lo busca, lo encuentra, y viene y te lo tira a la cara.

GUZ. ¡Si es el ama, señor Castilla! ¡Si por mí fuera, se bebían ustedes el establecimiento!

CASTI. (*Hace ademán de dirigirse al ama.*) Oiga, señora... (*Entra Remedios.*)

## ESCENA VI

*Dichos y Remedios.*

(*Remedios es una mujer de mediana edad y de facciones enérgicas y simpáticas. Viene de la calle desolada. Entra, y rápidamente mira el establecimiento. Sorprende a Castilla en el momento en que éste dice la frase anterior y se dispone a reclamar a doña Claudia, y lo detiene en el camino.*)

REME. ¡Castilla!

CASTI. (*Dándose de bruces con ella.*) ¡Remedios!

REME. ¿Y Enrique?
CASTI. Acaba de salir hace un instante.
REME. ¿Solo?
CASTI. Completamente solo.
REME. ¿Entonces Elena no ha venido?
CASTI. ¿Elena? No. ¿Pasa algo?
REME. Gracias a Dios que llego a tiempo. Esa mujer está loca. Ha tenido una escena terrible con su padre y se ha ido a la calle. ¡Figúrese usted el escándalo! ¡Una mujer que se casa mañana!
CASTI. ¿Y por qué ha sido?
REME. Porque antes de casarse quiere a todo trance hablar con Enrique.
CASTI. Me parece muy natural.
REME. (*Asombrada.*) ¡Que le pareec natural! ¡Eso es una locura! ¡Un disparate!
CASTI. Perdone usted, Remedios: ¡ésa es la última merced que se concede a los reos!
REME ¡A los reos! ¡Pero si hace una boda espléndida! ¡Entre Valentín y Enrique no se puede ni dudar!
CASTI. Enrique tiene talento.
REME. (*Con desdén.*) Eso está tirado. El otro tiene dinero.
CASTI. Pues ya que la casan contra su voluntad, lo menos que pueden concederle a la muchacha es que se despida de su novio. (*Gesto de Remedios.*) ¡De su novio, de su primer novio, de su único novio!
REME. ¡Eso antes! ¡No la víspera de la boda! Se lo he venido diciendo todos los días: "Rompe con ese bohemio" (*Transición*)—y usted perdone, pero a mí me gusta decir las cosas claras—, rompe con él, porque te está engatusando, y con ese hombre no te espera más que hambre...
CASTI. Y hartar a su corazón de cariño. Y andar por la vida del brazo de la única persona que se ama. ¿Le parece a usted poco? Y hablar siempre del porvenir, y soñar...
REME. ¡Bah! Eso son palabras. Por mucho que sueñe, como un día al despertar resulte que no ha comido, el amor se irá... No. Yo he venido para

impedir el escándalo y la ruina de esa familia, y lo impediré. ¡Ya lo sabe usted!

CASTI. ¡Eso dígaselo a ése! (*Aparece Enrique.*)

## ESCENA VII

*Dichos y Enrique.*

REME. ¡Enrique, por Dios, ayúdeme usted! ¡Hágalo usted por ella!

ENRI. ¿Qué quiere usted que yo haga?

REME. Va a venir a despedirse de usted. Aconséjela que sea prudente, que evite el escándalo, la vergüenza. ¡Ya ve usted si se entera ese hombre!

ENRI. Usted, por lo visto, quiere que yo me ponga de parte de ustedes y en contra de ella. ¿No es eso?

REME. Le hablo a usted por el bien de Elena.

ENRI. ¿Por el bien de Elena? ¿Cuál es el bien de Elena? ¿Acaso ve usted el porvenir? Si yo, que la quiero tanto, no sé cuál es el bien de Elena, ¿cómo lo puede usted saber, Remedios?

REME. ¡Ah! Yo sí lo sé. El bien de Elena es casarse con Valentín, que es un hombre bueno.

ENRI. ¿Soy yo malo?

REME. No digo que sea usted malo; pero ustedes no se parecen a los demás hombres. Son ustedes estrafalarios y absurdos... ¡Además, usted no tiene un clavo!

ENRI. Supóngase usted que Elena sólo busca mi corazón y que tiene el extraordinario capricho de ser pobre; supóngase que ella cree en el amor, en la poesía, en la ilusión, en la locura... en todo eso que usted no cree...

REME. (*Con toda energía.*) ¡No!, ¡no! De ninguna manera. Usted no la engañará con palabras de miel; usted no la alucinará, porque yo estoy aquí para evitarlo, y lo evitaré.

ENRI. No es necesario. Elena hará lo que quiera hacer. Yo no inclinaré un punto su voluntad. No

la diré palabras alucinadoras, pero tampoco la diré que atienda los egoísmos de sus familiares. La diré que aplique el oído a su corazón y lo escuche. De modo que si es eso lo que usted teme, puede usted marchar tranquila.

REME. ¡Ca! Yo no me voy de aquí. Yo he venido para llevármela, y me la llevaré.

PARRO. ¡Estos dramas del querer me arrugan el corazón como una pasa!

GUZ. ¿Y yo? ¡Yo, que en el teatro lloro en seguida! ¡Y es que yo—no es porque yo lo diga—soy un pasional! (*En este momento aparece Elena en el marco de la puerta del café y mira con ansiedad hacia el interior del establecimiento.*)

## ESCENA VIII

*Dichos y Elena.*

(*Aparece Elena, que va rápida hacia Enrique, y al hallarse junto a él se arroja a su cuello, buscando protección.*)

ELENA. ¡Enrique!

REME. (*Queriendo intervenir, sofocada, apuradísima, para impedir tanta efusión.*) ¡Chica! ¡Chica! ¿Te has vuelto loca?

ENRI. ¡Déjela usted! (*A Elena.*) Ven... Siéntate aquí.

ELENA. Tenía miedo de no encontrarte, y hoy me haces más falta que nunca.

ENRI. (*Sombrío.*) ¿Conque la boda es mañana?

ELENA. ¡Mañana! ¡Ay, Enrique, yo estoy desesperada! ¡Estoy loca! ¡No tengo más amparo que tú! ¡Aconséjame!

ENRI. (*Agarrándole la cabeza y acariciándola.*) No; yo no te aconsejo. No quiero que digas nunca que impedí tu suerte. Puedes casarte con ese hombre y ser rica.

ELENA. ¿Tú quieres que me case?

ENRI. Estate quieta; deja tu cabeza descansar en mi brazo. Para mí tú eres como una sonrisa de

Dios. Pero no puedo aconsejarte nada porque no puedo ofrecerte nada. (*Pausa. Ella está arrobada mirándole a los ojos.*) ¡Qué trabajo me cuesta seguir el camino sin ti! Tú eres mi amiga de siempre, mi compañera de siempre... Ya no oiré tus palabras, las que me alentaban y me llenaban el corazón de alegría. Ya no se abrirán tus labios para decirme: ¡"Arriba, arriba; tienes que andar!" ¡Y nos separamos para siempre, y nos separa la miseria!

ELENA. ¡Si yo tuviera mi madre! ¡Si yo pudiera contarle a mi madre lo que me pasa! Mi madre no me entregaría así, yo te lo juro... Pero (*Poniéndose sombría*) como todos me empujan, como nadie me da alientos, me faltan las fuerzas...

ENRI. También a mí si me faltas tú, si me faltan tus ojos, a los que yo pedí tantas treguas y prórrogas para la conquista de la gloria. Donde yo bebo la fuerza y la audacia. Yo sé muy bien lo que pierdo, Elena; pero lo perdería a gusto, como perdería mi sangre, si mi sacrificio te hiciera feliz.

ELENA. (*Extasiada.*) ¡No... no! Yo no me separo de ti. ¡Yo no quiero separarme de ti! ¡Llévame donde quieras, Enrique! ¡Todo el dinero del mundo no es bastante para pagar este cariño!

ENRI. ¡Elena!

ELENA. ¡No volveré a mi casa! ¡Yo quiero correr tu suerte, ser tuya! ¡Perdóname que haya sido cobarde, que haya dudado! Ahora ya oigo a mi corazón. Lo ha despertado el tuyo. ¡Llévame!

ENRI. ¿Estás decidida?

ELENA. Sí.

ENRI. Piensa lo que pierdes.

ELENA. ¡Lo he ganado todo porque te tengo a ti! ¡Pobre o rica, contigo siempre, siempre!

REME. (*Los espía con inquietud, y al empezar a hablar Enrique, que se pone de pie, se pone de pie ella también, y oye asombrada, asustada y estupefacta:*)

ENRI. (*Exaltado.*) ¡Así te quiero, muñeca! ¡Has tirado

el miserable y egoísta bagaje y vienes a mis brazos, que te sostendrán toda la vida!

ELENA. ¡Contigo siempre! ¡Ese tendero es la mediocridad, la monotonía, el hastío, el buen plato, el dinero!... ¡Tú eres la hoguera, la inquietud, el ayuno, el camino pedregoso, la alegría! ¡Lucharemos juntos y venceremos! ¡Contra la miseria y contra la estupidez! Y si tenemos poco dinero, ¿qué más da? ¿Para qué quiero yo el dinero sin ti?

ENRI. ¡Nadie ni nada nos separará ya! ¡Colgaremos nuestro nido de una rama y allí cantaremos nuestro amor! ¡Y si vuelvo vencido, tú me sostendrás; si me hieren en la refriega, me curarán tus manos; y si alguna vez siento frío en el cuerpo o en el alma, tus ojos me darán lumbre.

ELENA. Sí... sí... Vámonos pronto, que pueden venir por mí.

REME. ¡Loca! ¡Loca!

ENRI. ¡Vámonos! ¡Tengo veinte duros para la luna de miel (*Los agita en el aire*), y tú, que eres un tesoro! ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres!

ELENA. ¡Vámonos! (*Se arrima a él, estremeciéndose.*)

ENRI. ¿Tienes miedo?

ELENA. Sí... En este instante...

ENRI. ¡No tengas miedo! ¿No me tienes a mí?

ELENA. (*Engallándose, trágica.*) ¿Y te tendré siempre?... ¿Siempre?

ENRI. Siempre.

ELENA. Júralo.

ENRI. Que mis ojos no vean más la luz si te dejo. ¿Y tú? ¿No te cansarás tú un día?

ELENA. (*Arrimándose, pegándose materialmente a él.*) No digas eso. Yo soy tuya. ¡Tuya!

ENRI. ¡Pues juntos! (*Señalando a la puerta.*) ¡Métete en mi barca! ¡Yo pondré en el mástil mi pañuelo como bandera y la empujaremos por la vida con nuestros dos corazones! (*Empiezan el mutis lento; las frases siguientes son dichas simul-*

*táneamente a fin de que empiece a caer el telón en tanto se les ve marchar.)*

GUZ. *(Llorando a lágrima viva mientras con un trapo frota y limpia la mesa.)* ¡Esto es talmente "Mancha que limpia"!

REME. ¡Qué perdición, Dios mío!

CASTI. ¡Son fotogénicos!

CON. ¡Esa es una mujer! *(Bohemios gesticulan y aplauden, yendo hasta la puerta con gestos de entusiasmo.)*

TELON

# ACTO SEGUNDO

Cuarto pobre. Puertas a las laterales. Es un zaguán-comedor, y la puerta, al fondo, abre sobre la escalera. Muebles escasos y deteriorados. Tres sillas de anea, una mesa... En el testero del fondo hay un cuadro que quiere ser "El caballero de la mano en el pecho", del Greco.

## ESCENA I

*Elena* y *Enrique.*

*(Al levantarse el telón están en escena Elena y Enrique, pensativos. Enrique hace gestos de estar desesperado. Elena lo mira de reojo y hace los mismos gestos que Enrique. Suena el timbre de la puerta y los dos miran al fondo con inquietud. Luego se miran.)*

ELENA. ¿Quién será?

ENRI. Otro que viene a cobrar.

ELENA. El carnicero.

ENRI. O el tendero.

ELENA. O el del pan.

ENRI. (*Decidido.*) Voy a abrir yo.

ELENA. No, Enrique; abriré yo. Anda, métete dentro.

ENRI. Esto no puede ser. ¡Me paso el día escondido! (*En actitud de reto.*) ¡Ábrele al que sea!

ELENA. Anda, hombre, métete dentro y no te disgustes. Piensa, Enrique, que vienen a pedir lo suyo.

ENRI. ¡No! ¡Vienen a pedir lo mío!

ELENA. Anda dentro, anda. Yo me doy más maña que tú para echarlos. ¿Quieren dinero? Pues les doy conversación. (*Suena el timbre.*)

ENRI. Estamos rodeados de acreedores. Uno en la esquina..., ¡porque el otro tío está en la esquina!..., otro en la puerta...

ELENA. ¡Déjame a mí, hombre!... (*Inicia Elena el mutis y Enrique sale corriendo hacia la habitación que le sirve de refugio, y se queda espiando, medio cuerpo dentro y medio en escena, dispuesto a dar un brinco y desaparecer del todo. Ahora escucha como un conejo que huele el peligro. Dentro se oye la voz de Elena.*) ¡Pase usted, señora Bonifacia, pase usted!...

ENRI. (*Con sonrisa angelical.*) ¡Ah, es la portera!... Traerá los cuatro recibos, claro, y se los volverá a llevar, claro... ¡La pobre es tan buena!

## ESCENA II

*Elena, Enrique* y *Bonifacia.*

ELENA. Pase usted... pase usted... Mira quién está aquí, Enrique... ¡La señora Bonifacia!

ENRI. ¡Caramba, Bonifacia! ¡Siéntese usted! (*La acerca una silla.*) ¡Vaya... vaya! ¿Y qué la trae a usted por aquí?

BONI. Los recibos, señoritos. Deben ustedes ya cuatro meses.

ENRI. (*Mirando a Elena.*) ¡Cuatro meses!

ELENA. ¡Cómo pasa el tiempo!

ENRI. ¡Ah!... ¡Un mes, luego otro... luego un año... ¡Cuando te das cuenta, viejo! ¡Oh, qué vida!

BONI. Hoy tien que pagar, señoritos. Ya saben ustés que he subío veinte veces esas escaleras, y que de mi boca no ha salío una palabra, pero hoy...

ELENA. Hace un ratito se lo decía yo a Enrique: ¡Qué mujer más agradable, más simpática y más buena es Bonifacia! ¡Cuatro meses sin pagarla y todavía no ha dicho una palabra más alta que otra!

ENRI. Como que usted no ha nacido para portera. Seguro estoy de que si viene a cobrar es porque la mandan.

BONI. Sí, señoritos, sí. Si fuá por mí, con lo finos y correztos que son ustés, no les cobraba nunca; pero el casero me trae atosigá. Y con la contra de que en el barrio corre el run run de que son ustés gente de posibles. ¡Hasta pal casero tién ustés fama de desahogaos!

ELENA. ¿De veras?

BONI. ¡Si vieran los señoritos qué trabajo cuesta cobrar!

ENRI. Nos lo figuramos. ¡Hay por ahí cada tramposo!

ELENA. Esa cuenta de usted está pagada en seguida, Bonifacia. ¿Ve usted este cuadro? Pues hoy lo vendemos en dos mil pesetas.

ENRI. Y... plaf... plaf... Le pagamos a usted esos recibitos.

BONI. (*Mirando con admiración y extrañeza el cuadro.*) ¡Dos mil pesetas! ¡Y paece que está anémico!

ELENA. Pues tiene dentro una fortuna.

BONI. Vaya, señoritos, tantismo que me alegro, porque el casero estaba ya dispuesto a desahuciarles, y como yo les tengo ley... ¿De modo que esta tarde pagan?

ELENA. En seguida que vengan por el cuadro.

ENRI. Con una mano agarro el dinero, y con la otra... plaf... le doy a usted un puñado de billetes.

ELENA. (*Zarandeándola, alegre.*) ¡Y un regalito, señora Bonifacia!

BONI. No... no, señorita; yo no soy interesada. Ustés

pagan los recibos, y yo tan contenta de que salgan de apuros.

ENRI. ¡Usted toma la propina!

BONI. No, señorito, no.

ELENA. ¡La toma usted, o me enfado!

ENRI. Vamos, haga el favor...

ELENA. (*A Enrique.*) ¡No la ha de tomar! (*A Bonifacia.*) ¡Vaya! Es gusto mío. Bonita soy yo para que nadie me desprecie. ¡Y menos usted, que se lo merece todo por buena, señora Bonifacia!

BONI. Bueno..., ya que ustés se empeñan, la tomaré... esta tarde. Hasta luego.

ENRI. ¡Vaya usted con Dios, señora Bonifacia! (*Hacen mutis Bonifacia y Elena. Sigue oyéndose la voz de Elena que insta a Bonifacia para que tome la fantástica propina.*)

ENRI. Tómela usted... Tómela usted... Pero ¿qué va a tomar la pobre mujer?... ¡Qué lucha, Dios mío! ¡Uf!... ¡Esto es para pegarse un tiro!... No tenemos ni para el cocido. Vaya, hoy (*Mirando al cuadro*), si no vienen por ti no comemos. Y esto no puede ser. Porque... que pase yo hambre... bueno. Pero esta pobre mujer... (*Señalando a la puerta.*) ¡No! (*Con decisión.*) Ea, se acabó. Ahora mismo me echo a la calle y digo a todo el mundo que no tengo dinero... ¡Pues sí que voy a dar una noticia! (*Queda abrumado.*)

ELENA. (*Entrando sonriente.*) ¡Tan contenta que va la pobre con la propina que le vamos a dar! (*Mirando a Enrique.*) ¿Qué haces, Enrique?

ENRI. Ya ves... La digestión.

ELENA. (*Acercándose a él, cariñosa.*) ¡No te apures, tontín! Ya verás cómo todo se arregla. Dios es bueno, Enrique, Dios es bueno.

ENRI. Sí, Elenita, Dios es bueno, pero todavía no hemos desayunado.

ELENA. Así tendremos más ganas de comer.

ENRI. ¡Pero si no vamos a comer tampoco!

ELENA. Eso ya lo veremos. Yo estoy hasta contenta.

Así, estando a dieta, no me pongo gorda ni fofa, ni pierdo la línea. Sí, sí, yo estoy contenta.

ENRI. No trates de engañarme con tus bromas, Elena. Yo no tengo derecho a hacerte pasar hambre. ¡Soy un miserable, un cobarde, pero te aseguro que estoy dispuesto a salir a la calle y arrancar la presa de otras manos para que comas tú!

ELENA. ¿Hambre? Te juro que estoy ahora mismo como si me hubiera comido un pavo. ¡Si yo vivo con tu cariño, tonto! Tú no te apures, que ya saldremos adelante, si Dios quiere.

ENRI. (*Acariciándola.*) ¡Muñeca! ¡Cómo me animas y me fortaleces! ¡Santa... santa! (*La besa en la frente.*) ¡Por ti estoy dispuesto a luchar y a vencer! (*Se abrazan; suena el timbre.*)

ELENA. ¡El timbre! (*Cara de espanto de los dos.*)

ENRI. Ahora abro yo.

ELENA. Déjame a mí. Hoy estoy dispuesta a pagar y a dar propinas a todo el mundo.

ENRI. (*Rápido, hace mutis.*) No, soy yo el que debe dar la cara.

ELENA. (*Se queda dentro, pendiente de lo que pasa.*) ¡Ayúdanos, Señor! ¡Ayúdame tú, Virgen Santísima!

ENRI. (*Dentro.*) Pase, pase por aquí, amigo.

ELENA. ¿Quién será?

## ESCENA III

*Elena, Enrique,* y *Mozo* de una lechería.

(*Entra Enrique, y detrás un tipo cerril, con una cara de bruto que espanta. Es el mozo de una lechería, que trae una cacharra llena de leche.*)

ENRI. (*Guiñándole un ojo a Elena.*) Es la leche, Elena.

ELENA. ¡Ah!... sí... la leche. Ya tardaba hoy.

MOZO. Güenos días tengan ustés, señoritos... y ustés perdonen que m'haya retrasao unas miajas, pero ende que amaneció el día estoy repartiendo..., y como soy nuevo en la casa...

ELENA. Ya decía yo que usted era nuevo. Esta cara no la hemos visto, ¿verdad, Enrique?

ENRI. No.

MOZO. En Madrid, ni ustés ni naide; en Alcorcón la ha visto to el que ha querío. Vintitrés años he vivío allí. En Madrid llevo muy poco.

ELENA. ¿No conocerá usted todavía a la parroquia?

MOZO. Entavía no, señorita.

ENRI. Ya nos lo hemos figurado.

MOZO. (*Mientras vacía el cacharro en un vaso y un jarro que le da Elena.*) No llevo más que dos días en esta casa. El amo me quié a cegar. Me alevanto al alba, limpio los cacharros, y ordeño y mando al zagal que eche comía a las vacas. Y aluego a repartir... Ya tengo tres carreras. ¡Así m'hago hombre!

ELENA. (*Dándole el jarro vacío.*) Toma. Tráete mañana dos litros. Y anda con Dios.

MOZO. Que siente bien, señoritos.

ELENA. Adiós, hombre, adiós.

ENRI. ¡Adióoos! (*Mutis del Mozo.*)

ELENA. ¡Qué alegría, Enrique!

ENRI. (*Poniéndose un dedo en la boca y escuchando.*) ¡Chiiiist!

ELENA. Ya se ha ido.

ENRI. (*Restregándose los ojos.*) Sí... Pues tiene buena cara.

ELENA. Es riquísima... Anda, toma un vaso y desayuna.

ENRI. Pero ¿quién ha mandado esto?

ELENA. ¡Chiiiist! ¡No preguntes nada! La Providencia, Enrique. ¿No te decía yo que Dios era bueno? Mientras tú te tirabas de los pelos, te pellizcabas, y te ponías así de furioso (*Acciona como habla*), tu nena le pedía a Dios que se acordara de nosotros. Y Dios, desde allá arriba, ha visto por un agujerito que éramos dos pobres que no teníamos qué desayunar, y nos manda este regalo. Ya te lo decía yo, Enrique: Dios es bueno.

ENRI. (*Abrazándola.*) ¡Qué banquete, chiquilla! No comienza mal el día.

ELENA. Esto hay que saborearlo. (*Palmotean y danzan, alegres.*) Anda, bebe, Enrique.
ENRI. No, no; bebe tú.
ELENA. No, no; tú, tú.
ENRI. Anda, nena, tú primero.
ELENA. ¡Tú, Enrique!

## ESCENA IV

*Dichos* y el *Mozo.*

MOZO. (*Entra desalado, coge rápidamente los vasos y los desocupa en la cacharra, entre la estupefacción de los dos.*) ¡Los señores perdonen! No era p'aquí la leche. Me he equivocao de piso. Era pal prencipal.
ENRI. ¡Oiga... oiga... era para aquí!
ELENA. Yo la había pedido.
MOZO. A mi lechería no había pedío usté na, señorita.
ENRI. Sí, hombre, sí; la había pedido.
MOZO. No, señor.
ELENA. Se la había pedido a Dios...
MOZO. Pues adiós, señoritos. Y ustés perdonen. Era pal prencipal.
ENRI. No importa. Ven acá, hombre.
MOZO. (*Al mutis.*) Me he equivocao. Ustés perdonen.

## ESCENA V

*Elena* y *Enrique.*

ENRI. (*Sarcástico.*) Desde arriba, Dios, por un agujerito, vió que éramos dos pobres...
ELENA. ¡Enrique, yo no tengo la culpa!
ENRI. Ya lo sé, nena; la tengo yo.
ELENA. Tú tampoco.
ENRI. La tenemos los dos, por tontos, por confiados. Si en vez de discutir y bailar nos hubiéramos bebido la leche, a estas horas habíamos desayunado.

ELENA. Tienes razón.

ENRI. Ese idiota nos ha dado una lección. En la vida hay momentos en que las cosas nos son propicias. Pasan por nuestro lado en forma de cacharras llenas de leche, de felicidad y de fortuna, y en ese instante hay que cogerlas, porque si las dejamos pasar se las llevarán a otro lado o se irán para siempre.

ELENA. ¡Huy, qué rabia tengo! ¡No, no hemos sido listos! ¡Pero no te enfades tú... no te enfades! Dios nos ayudará. (*Enrique la escucha sombrío.*)

ENRI. Dame el sombrero.

ELENA. ¿Adónde vas?

ENRI. No lo sé. Estoy desesperado. Yo no creí que llegaría el momento en que dentro de mí se planteara la lucha entre mi dignidad y los garbanzos. Y ya se ha planteado. Dame el sombrero.

ELENA. (*Agarrándose a él.*) No, no, Enrique. ¿Dónde vas?

ENRI. ¡Déjame que salga! Yo no puedo soportar más tiempo esta situación. ¡Déjame!

ELENA. Tengo una idea, Enrique.

ENRI. ¿Qué?

ELENA. La que va a la calle soy yo.

ENRI. ¿Tú? ¿A qué?

ELENA. (*No responde, y baja la cabeza.*) No sé...

ENRI. ¿A qué? ¡Dime! ¡Contesta!

ELENA. (*Tímidamente.*) Tengo una amiga... Remedios...

ENRI. (*Erguido y resuelto.*) ¡No..., no! Si das un paso te despides de mí para siempre. ¿Lo oyes? ¡Para siempre! (*Elena, con la cabeza baja, busca protección contra el pecho de Enrique.*) ¿Qué habías pensado?

ELENA. He pensado que yo soy para ti una preocupación y una carga. Que yo debía ayudarte, ser una hormiguita que acarreara el grano a la casa... y me irrita y me desespero porque no sé hacer nada. ¡Soy tu carga, Enrique, soy tu carga!

ENRI. ¿Qué has de ser mi carga? Al contrario, Ele-

na; tú eres mi fuerza. Yo soy tímido y cobarde para la lucha, pero cuando te veo sufrir me siento lleno de brío y de audacia. Yo no tengo derecho a sacrificar tu juventud a mi cobardía. ¡Tú podías vivir bien, y pasas hambre por mi culpa!

ELENA. Yo soy feliz a tu lado.

ENRI. Estoy rendido, cansado, de hacer gestos y promesas para engañar a las gentes que vienen por dinero.

ELENA. ¡Son idiotas! ¡Mira que venir aquí por dinero! Se comprende que fueran a un Banco. (*Persuasiva.*) Pero no te disgustes tú. Así como así, nos sirven de distracción, Enrique. Si no fuera por ellos estaríamos aquí los dos mirándonos la cara como bobos. No te apures. (*Con gesto cómico, retador y altivo.*) ¡Tu Elena le ha declarado la guerra a los ingleses, y seguirá la lucha hasta el final!

ENRI. (*Sonríe.*) ¡Qué buena eres, Elenita! Tú quieres endulzarme con tu charla estas horas de amargura y de vergüenza que paso.

ELENA. Vergüenza tú, ¿por qué?

ENRI. Sí, nena, sí; porque hoy no tienes qué comer.

ELENA. ¿Que no tengo qué comer? ¡Vaya si tengo! ¡Te tengo a ti para comerte a besos! (*Se echa en sus brazos. Cuando están abrazados aparecen en la puerta Conchita y Castilla, la joven pareja que ya conocemos. Viven como pueden y viven mal.*)

## ESCENA VI

*Dichos; Castilla* y *Conchita.*

CON. (*Desde la puerta, señalando a la pareja.*) ¡Míralos, qué felices son!

ELENA. ¡Caramba, Conchita, qué sorpresa!

CON. Perdona, chica, que hayamos roto este idilio. Pero ¿cómo os dejáis la puerta abierta?

CASTI. ¡Os van a robar!
ELENA. La chica, que es tonta, Ha salido y ha dejado la casa de par en par. (*Castilla saluda a Enrique y ambos quedan en segundo término.*)
CON. ¿Tienes criada?
ELENA. Sí, pero como si no la tuviera. No me sirve de nada.
CON. Tres he tenido yo en un mes. Tres disgustos con éste.
ELENA. ¡Ah!, ¿pero así andamos?
CON. ¡Huy, hija, es un fresco! A todas las quiere dedicar al cine. Para él todas las mujeres son fotogénicas. ¡Así es que no quiero muchachas!
ELENA. Unas por una cosa y otras por otra. Yo me paso el día en la cocina. Todo el santo día al lado del fogón. ¡Negra estoy! ¡No saben hacer nada! Esta mañana me ha echado a perder medio kilo de filetes y me ha puesto la casa apestando a humo de aceite. ¿No hueles?
CON. (*Aspirando.*) No huelo nada.
ELENA. Estarás constipada.
CON. Pues yo que tú la despedía.
ELENA. Sí. No voy a tener más remedio. Estoy aguardando a mudarme de casa, porque en ésta no nos caben los muebles. Ya ves... los tenemos todavía en el guardamuebles. ¡Y hay unos vecinos!... No hacen más que pedir. Ahí enfrente hay un bautizo y nos han pedido media docena de sillas.
CON. Tú puedes dar.
ELENA. Pero abusan, Conchita, la gente abusa. Y vosotros ¿cómo vais?
CON. Llevamos un año espléndido. Este quiere construirse un hotelito. ¡Su manía!, ser propietario. (*Muy bajo.*) Y yo, sin que él lo sepa, tengo mil duritos en la Caja Postal.
ELENA. ¡Hormiguita!
CON. Hay que guardar, mujer, que los años pasan muy pronto... ¡Huy!..., con la charla no me había dado cuenta. Todavía estoy con todo esto. (*Indicando sombrero, bolso, guantes, etc.*)

ELENA. Anda, pasa a mi alcoba y te arreglas un poco. ¡Y no te extrañe cómo encuentras la casa!

CON. ¡Claro! Los tienes en el guardamuebles. Allí tengo también los míos.

ELENA. (*Al mutis.*) Pasa, Conchita, pasa. ¡Qué alegría me das!

CON. Ahí os quedáis. (*Mutis.*)

## ESCENA VII

*Enrique y Castilla.*

CASTI. Perdona, chico, que abuse de ti. Ha sido un capricho de Conchita. ¡Ya sabes lo que son las mujeres!

ENRI. Habla con entera confianza, Castilla.

CASTI. Pues mira, Enrique... ¡Caray, qué trabajo me cuesta!... Se trata de...

ENRI. Habla con confianza, hombre.

CASTI. Mira: ahora, cuando pasábamos por aquí, se le ocurrió a Conchita una idea. Me dijo: "¿Qué te parece si comiéramos hoy fuera de casa?" Pero mujer—contesté yo—, ¡si no he sacado más que dos duros!... Y como con vosotros tenemos mucha confianza, Conchita se empeñó que subiera a pedirte otros dos duros para irnos por ahí a comer a un restorán. Perdóname, chico, perdóname. Ya sabes lo que son las mujeres.

ENRI. ¡Hombre!... ¿Y para decirme eso has dado tantos rodeos? ¡Parece mentira, Castilla! ¡No te llevo a bien que gastes conmigo esos cumplimientos!

CASTI. Perdona. Enrique... Yo te los devolveré esta noche sin falta.

ENRI. ¡No me hables así, que me enfado! ¡Ni que me pidieras toda mi fortuna! ¡Dos duros!

CASTI. Ya me conoces. Soy muy delicado. Y aunque yo sé que tú manejas dinero...

ENRI. ¿Dinero? ¡Ha llegado la mía! No hago más que coger billetes. Hoy vendemos en diez mil pesetas ese cuadro.

CASTI. ¡Caramba!

ENRI. Un Greco. Por eso casi me he echado a reír cuando me has hablado de dos duros. ¡Dos duros!

CASTI. ¡Que sea enhorabuena, chico!

ENRI. (*De pie.*) ¡Voy por esos cuartos! ¿Te hace falta más?

CASTI. No. Tengo bastante con diez pesetas.

ENRI. En confianza, ¿quieres más?

CASTI. No, no, no. Y muchas gracias, hombre.

ENRI. (*Que va hacer mutis, vuelve.*) Pero... ahora que caigo... Vosotros vais a comer fuera de casa, ¿no es eso?

CASTI. Sí. Un capricho de Conchita.

ENRI. ¡Pues no os vais a comer a ningún restorán porque vais a comer con nosotros!

CASTI. Gracias, Enrique. ¿Para qué os vais a molestar?

ENRI. ¿Molestias? ¡Al contrario! Nos dais una alegría. ¡Hoy es día de fiesta en esta casa!

CASTI. No, hombre. Tenéis que hacer comida para nosotros. Vas a molestar a Elena... No, Enrique, no. Te lo agradezco.

ENRI. Elena se alegrará muchísimo. Nada; os quedáis a comer. Ayer hemos empezado un jamón que está riquísimo.

CASTI. Te agradezco la atención, Enrique. Pero es que además, antes de comer tenemos que hacer un recado urgente. Otro día.

ENRI. Pues vais y volvéis.

CASTI. Es que podemos entretenernos y haceros esperar.

ENRI. Nada, hoy coméis aquí. Ahora mismo coges a Conchita, vais a ese asunto, y aquí de vuelta en seguida. ¿Estamos?

CASTI. Mira, Enrique...

ENRI. No me digas nada. Oye... trae esos dos duros.

CASTI. Pero...

ENRI. ¡Vengan esos dos duros! Así, no llevando nada en el bolsillo, estoy seguro que volvéis.

CASTI. (*Defendiéndose.*) ¡Te doy mi palabra de honor que volvemos!

ENRI. Trae ese dinero. Yo te conozco. Tú eres muy delicado y por no molestarme eres capaz de comer por ahí, en cualquier figón.

CASTI. ¡Te juro!...

ENRI. (*Le mete la mano en el bolsillo del chaleco y le saca los dos duros.*) ¡Trucos, no! Y en confianza... si te hacen falta doscientas o trescientas pesetas pídelas. ¡Somos como hermanos!

CASTI. Puedes decirlo muy alto. ¡Como hermanos!

ENRI. Y ahora vamos a avisar a ésas. ¡Qué contenta se va a poner Elena! (*Llamando.*) ¡Elena! ¡Conchita! ¡Elena!

CASTI. (*Aparte.*) Me parece que he hecho un buen negocio. ¡Yo le saco a éste quinientas pesetas!

## ESCENA VIII

*Dichos, Elena* y *Conchita.*

CON. ¿Qué ocurre?

ELENA. ¿Qué gritos son ésos? ¿Qué pasa?

CASTI. Nada, que Enrique se empeña que comamos aquí.

ELENA. (*Mira aterrada a Enrique. Cree que se ha vuelto loco. Hace varios gestos queriéndose reír y poniéndose seria.*)

CON. ¡Pero, hombre, si no podemos! (*A Castilla.*) ¿No se lo has dicho?

ENRI. Ni una palabra, Conchita. Ya está decidido. (*A Elena.*) Ya has oído, Elena. Estos comen con nosotros.

ELENA. Pero... claro... coméis con nosotros..., ¿verdad?

ENRI. Sí, mujer, sí. Pon comida para los cuatro. ¡Menudo banquete nos vamos a dar!

ELENA. (*Confusa.*) Sí... para los cuatro...; eso es..., para los cuatro...

CON. Pero, hombre, os vamos a trastornar. Elena está atosigada... ¡Y... con esa criada que tenéis!

ELENA. (*Bajo, a Enrique.*) ¿Te has vuelto loco, Enrique?

ENRI. ¡Calla, nos vamos a dar un banquete que ni Gargantúa!

CON. (*Bajo, a Castilla.*) ¿Le has sacado los dos duros?

CASTI. ¡Calla, le voy a sacar cien!

ENRI. (*Señalando a Conchita y Castilla.*) ¡Andando...! No perdáis el tiempo. Haced vuestro recado, y aquí de vuelta en seguida. Se come a las dos. (*Van a decir algo, pero Enrique los empuja cariñosamente.*) Nada. Ni una palabra. A la calle, y aquí de vuelta en seguida. ¡Hala!

CON. ¡Jesús!! ¡Este hombre es un ciclón! ¡Hasta ahora, Elenita!

ELENA. ¡Adiós!

ENRI. ¡Se come a las dos! (*Mutis de los dos con Elena.*)

## ESCENA IX

*Enrique y Elena.*

ENRI. (*Al quedarse solo saca los dos duros, los suena en el suelo, se los pone en los ojos y acaba bailando unos pasos de cualquier cosa de moda. Se los guarda.*)

ELENA. (*Entrando.*) ¡Enrique! ¿Qué te pasa?

ENRI. ¿A mí?

ELENA. ¿Como has convidado a comer a Conchita y a Castilla?

ENRI. ¿Que yo los he convidado? No seas tonta. Los que nos han convidado han sido ellos. Fíjate. (*Le enseña los dos duros.*) ¡Dos duros! ¡Diez pesetas! ¡Cuarenta reales! ¡Una fortuna!

ELENA. ¿De dónde has sacado ese dinero?

ENRI. Que han venido a darnos un sablazo... ¡A nosotros! Castilla me pidió dos duros, diciéndome que a Conchita se le había antojado comer fuera de casa..., que él no tenía más que diez pesetas y que con otras diez que yo le diera... Yo... ¡plaf!... le he chafado el truco y le he sacado su dinerito, con el que vamos a comer nosotros.

ELENA. ¡Eres genial!

ENRI. ¡Y algo financiero!
ELENA. ¡Con el hambre se te ocurren unas cosas!
ENRI. Lo primero que se me ocurre es comer. Toma; corre, sal y despedázalos comprando comestibles, porque yo estoy que me desmayo.
ELENA. Ahora mismito bajo a la tienda y me voy a traer un menú estupendo. (*Suena el timbre.*) ¿Quién será?
ENRI. Ese es el comprador.
ELENA. Sí, él debe ser. Dios empieza a ayudarnos.
ENRI. Tú vete por las viandas. Mientras yo trato el asunto, tú estás de vuelta. Espérate que le abra y te vas. (*Elena se esconde y él va a abrir. Enrique, al mutis.*) ¡A ver si es verdad que Dios empieza a ayudarnos!

## ESCENA X

*Enrique y don Moisés.*

(*Aparece Enrique seguido de don Moisés. Es un hombre de unos cincuenta y cinco años de modales rebuscados, frío y espeso. Tipo de judío.*)
ENRI. Pase usted, don Moisés.
MOI. Me he retrasado un poco. Usted me perdonará. Pero... veamos, veamos esa maravilla.
ENRI. Aquí tiene usted el cuadro. (*Señala Enrique el cuadro. Moisés lo observa detenidamente, colocándose unas gafas.*)
ENRI. Mírelo bien. Esa faz de hidalgo castellano; esa barba que parece un estilete; esos ojos llenos de fuego... ¡Qué tormenta de pasiones hay en esos ojos, y al mismo tiempo, qué serenidad! ¡Los Grecos son inconfundibles!
MOI. (*Da la última ojeada al cuadro y se vuelve con lentitud.*) ¿Habla usted en serio?
ENRI. Sí..., señor, completamente en serio. Vea usted, el caballero tiene la mano en el pecho.
MOI. Yo creo que lo mismo la podía tener en la cabeza.

ENRI. Fíjese en...

MOI. No insista. A usted le han engañado... Este cuadro es una mala estampa de un hidalgo hambriento.

ENRI. Ahora soy yo quien le pregunta a usted si habla en serio.

MOI. No lo dude. Este lienzo es una copia vulgar.

ENRI. (*Abrumado.*) Pero ¿es posible?

MOI. Sí, señor. Esto es una fototipia. ¿Ve usted la mano de ese hidalgo? Pues si entrara ahora la criada con un bisté, el caballero éste la sacaba del pecho y se comía hasta el plato.

ENRI. ¡También él!... (*Queda aplanado. Pausa.*) En fin, cuando usted lo dice... Perdóneme usted, señor, que le haya hecho venir. Todos los que lo vieron me habían hecho creer que tenía yo en este cuadro una fortuna. ¡Perdóneme usted!

MOI. De nada, joven. Pero observo que mis palabras le han afectado demasiado. Le he hablado con franqueza; sin embargo, puede usted llamar a otro que vea eso...

ENRI. ¿Para qué? Si usted está seguro de que no vale nada...

MOI. Nada.

ENRI. ¡Y yo que creía tener la salvación en este cuadro!

MOI. ¿En este cuadro?

ENRI. Sí, señor. Acaba usted de hacer pedazos mi última esperanza.

MOI. Pues crea que lo lamento, y, francamente, en compensación yo quisiera ayudarle a usted. Dígame: ¿no tiene nada que vender?

ENRI. No, señor.

MOI. Algún objeto antiguo..., algo de valor...

ENRI. Nada..., no me queda nada... Es decir, sí...: ¡me queda vergüenza!

MOI. (*Abre la boca como si se encontrara ante un hallazgo.*) ¿Cómo?

ENRI. Sí...; vergüenza de ser joven, de sentirme lleno de fuerza y no tener para comer. Me queda

vergüenza para ser aún honrado. Sólo me queda eso, señor..., ¡vergüenza!

MOI. (*Mirándole fijamente.*) ¡Hombre!... ¡hombre!... ¡Yo se la compro a usted!... Bueno, yo le compro a usted... sus servicios.

ENRI. ¡Déjeme usted de bromas!

MOI. (*Sacando la cartera.*) Hablo en serio.

ENRI. ¿Trata usted de comprarme la dignidad, la hombría de bien?...

MOI. No es eso... Usted usa palabras excesivas. Yo tampoco he planteado bien la cuestión. Yo soy un hombre de negocios... Tengo muchos asuntos en que emplearlo a usted, y usted puede serme útil. Eso es todo.

ENRI. Soy un hombre honrado.

MOI. Pero es usted un hombre pobre.

ENRI. Hubo un tiempo en que sentí el orgullo de mi pobreza. ¡Un pedazo de pan, un rayo de sol, el amor de una mujer!... ¡Eso me bastaba!

MOI. ¿Sabe usted lo que pide? ¡Todo eso y además honrado! (*Coge la cartera y va a hacer mutis. Enrique lucha, quiere hablar, no se atreve.*) Bueno, joven, perdóneme, yo quería ayudarle... Vi en usted un artista, un hombre ambicioso...

ENRI. Sí, señor, amo la gloria.

MOI. Y usted, que ama la gloria, la independencia y las mujeres; usted, que ansía ardientemente conquistar y retener esas cosas, rechaza el arma indispensable para poseerlas: el dinero. Decididamente no le comprendo a usted. (*Se encoge de hombros.*) Adiós, joven.

ENRI. ¡Don Moisés! (*Este se vuelve.*) Don Moisés, yo sé que el dinero es la fuerza y quiero conquistar el dinero, pero por medios lícitos.

MOI. Yo no he hablado de eso. Pero séame franco: ¿hasta ahora se ha ganado usted la vida por medios lícitos?

ENRI. Sí, señor.

MOI. (*Sonríe incrédulo.*)

ENRI. No lo dude usted.

MOI. No lo dudo. Pero respóndame a una pregunta: ¿qué profesión tiene usted?

ENRI. Escritor. Escribo libros, folletos, versos...

MOI. ¿Y cuando le han mandado hacer un artículo que iba contra sus propias ideas, se ha negado usted a hacerlo?

ENRI. Quizá la necesidad...

MOI. Pues en aquel momento traicionó usted su conciencia. No fué usted un hombre honrado.

ENRI. Tal vez...

MOI. Y ahora, respóndame: ¿no ha faltado a su palabra en un momento de apuro? ¿Y jamás le ha hecho la necesidad ser infiel a un amigo? Lo que enalteció usted un día, ¿no se vió obligado a combatirlo por un puñado de pesetas? La idea generosa que surgió en su cabeza, ¿no la sepultó villanamente en su estómago? ¿No tiene usted alguna pequeña canallada de que avergonzarse?

ENRI. Acaso alguna vez... La vida es muy dura...

MOI. No le pregunto a usted el porqué.

ENRI. Puede que tenga usted razón.

MOI. No lo dude. Todo eso es cierto, como es cierto además que irá usted vendiendo poco a poco ese bagaje con muy escasa utilidad para usted. Por eso yo, que soy un hombre práctico, se lo compro todo de una vez, con una sola condición.

ENRI. ¿Cuál?

MOI. Que se deje usted guiar por mí.

ENRI. ¿Hasta qué punto?

MOI. Hasta el preciso.

ENRI. ¿Pero cuál puede ser su tasa?

MOI. Usted pídame a mí precio, que yo no le pondré tasa.

ENRI. Es decir, que...

MOI. Pida usted.

ENRI. ¡Cómo valorizar una cosa que no puede comprarse!

MOI. Los "servicios" de un hombre torpe y ligero, yo no los compraría. Los desdeñaría igual que a ese cuadro. Los de un hombre honrado, inte-

ligente y ambicioso, sí. Pida usted por los suyos.

ENRI. Bueno, señor, yo dudo de que estemos hablando en serio. ¡Cómo voy yo!... ¡Bah!

MOI. Me doy cuenta de sus escrúpulos. (*Dejando la cartera en la mesa.*) Creo que en ella habrá dinero suficiente. Dentro de una hora le espero en mi casa para firmar un leve contrato. En la cartera hay tarjetas. Ellas le dirán mi domicilio.

ENRI. Pero, es...

MOI. No se disculpe usted. ¿Para qué?

ENRI. No es disculpa. Es que quiero abrirle a usted mi corazón. Sepa usted, señor, que si acepto este dinero no es por mí...

MOI. ¿Qué más da?

ENRI. Es por ella. ¡No quiero verla sufrir!

MOI. ¿Está usted enamorado?

ENRI. Yo adoro a una mujer y a ella lo sacrifico todo.

MOI. (*Recogiendo la cartera.*) Deshago el trato.

ENRI. ¿Qué dice?

MOI. Nada, Que no me sirve usted.

ENRI. ¿Pero he de renunciar también a ella? ¡Esto es una crueldad!

MOI. Piénselo usted bien. ¡Y no dude usted nunca en sacrificar todo cuanto pueda ser un obstáculo para el triunfo!

ENRI. Pero cómo voy yo a abandonarla..., cómo voy a huir...

MOI. Piénselo bien. Ahí queda mi cartera. Dentro de una hora le espero para que me diga si se queda con ella. Si no, como usted es honrado, me la devolverá. Hasta luego. (*Inicia el mutis.*)

ENRI. ¡Pero!...

MOI. Piénselo bien. Hasta luego. (*Mutis.*)

ENRI. (*Quiere salir detrás de don Moisés, pero se detiene. Hay una pausa, en la que demuestra su perplejidad.*) ¡Soy un cobarde, un miserable! ¡Yo he debido tirarle la cartera a la cara! ¡Bandido! ¡Tenga usted su dinero! ¡Y me he quedado clavado, quieto, mudo! ¡Pero... todavía estoy a tiempo de rechazarlo! (*Abre la cartera.*)

¡Dinero!... ¡Una fortuna! ¡La felicidad! ¡La gloria! ¡Puedo ser rico y fuerte! ¡Y saciarme de la vida, y triunfar! ¡Ahora, con dinero, verán quién soy yo! (*Se deja caer de bruces sobre la mesa con los billetes. Entra por el fondo, feliz y alegre, Elena.*)

## ESCENA XI

*Elena* y *Enrique.*

ELENA. (*Cargada de paquetes.*) ¡Aquí viene la Cooperativa! ¡Regocijo y alimentación! ¡Chico, el festín de Baltasar es un cubierto económico al lado de nuestro banquete! ¡La de cosas que he comprado con dos duros! (*Mira con extrañeza a Enrique.*) ¡Enrique! (*Acercándose más.*) ¡Enrique! ¿Qué te pasa?

ENRI. Nada, nenita.

ELENA. Te ha dado un mareo...; claro. ¡La debilidad! Ahora mismito, para abrir boca, te vas a comer un poco de foagrás. Anímate, hombre, que ya está aquí todo. Pero ¿qué es esto? ¿Billetes?

ENRI. (*Incorporándose.*) Sí...

ELENA. ¡Esto es una fortuna! ¡Somos ricos! (*Palmotea.*) ¿Has vendido el cuadro, verdad? ¡Qué alegría!

ENRI. Sí, el cuadro...

ELENA. ¡Chiquillo, qué alegría! ¡Ea, ya se acabaron los apuros! ¿No te decía yo que Dios era bueno? ¡Y que yo se lo había pedido con unas ganas! Pero, anda, hombre, coge un poco de pan y come foagrás..., ¡anda!

ENRI. No, déjalo. Tengo que salir.

ELENA. ¿Salir? ¿A qué?

ENRI. A firmar el documento de venta.

ELENA. Lo firmas luego. Primero a comer.

ENRI. No, nenita. He dado mi palabra de ir ahora. No puedo faltar. Mientras voy, tú preparas todo.

ELENA. Pues antes toma algo.

ENRI. Me esperan, mujer.

ELENA. ¡Huy, qué fatiga! ¿Pero es indispensable que vayas ahora?

ENRI. Indispensable.

ELENA. (*Queriendo meterle pan en el bolsillo.*) Toma, te lo comes aunque sea por la escalera.

ENRI. Si llevo dinero, Elena.

ELENA. ¡Ay!, pues es verdad. Bueno, no tardes.

ENRI. No, nenita, no tardaré. Pero si me retraso, coméis.

ELENA. ¡Ca! Aquí no come nadie hasta que tú vuelvas.

ENRI. Puedo entretenerme... Quizá tarde... Es posible. Ea, nena, dame un beso. (*Enrique la besa ardientemente, con ansia; la da billetes.*) Toma, por si tienes que comprar algo.

ELENA. ¿Para qué me das tanto dinero?

ENRI. Por si te hace falta. Dame otro beso. (*La besa nuevamente.*)

ELENA. Tienes los labios fríos. (*Lo mira como queriendo leer en su corazón.*) Y estás febril, triste.

ENRI. Al contrario, Elena. ¡Contento! ¡Muy contento! (*La vuelve a besar.*) ¡Adiós, nena, adiós! (*Mutis rápido.*)

ELENA. (*Queda en mitad de la escena, mira a la puerta por donde se ha ido Enrique y en sus gestos hay amargura y preocupación. Hace un movimiento para salir, pero se contiene. Mira los billetes, deja caer los brazos a lo largo del cuerpo, y los billetes van cayendo uno a uno, mientras cae lento el telón.*)

## ACTO TERCERO

Despacho suntuoso. Muebles de nogal, estilo español. Cobres, bronces. Se oye el tecleo de una máquina de escribir.

### ESCENA I

*Secretario,* dos *viejas* y una *joven.*

VIE. 1.ª ¿Tengo el gusto de hablar con el secretario de don Enrique Dantés?

SECRE. (*Con gafas de concha y tipo afectado.*) Sí, señora. Ustedes me dirán.

VIE. 1.ª El señor Dantés nos ha concedido una audiencia para hablarnos de la Caja de Previsión que ha suspendido pagos. (*Se limpian los ojos silenciosamente.*) Nosotras somos imponentes.

SECRE. Sí, señora.

VIE. 1.ª Y venimos en representación de muchas más imponentes.

SECRE. Ahora saldrá don Enrique. ¡Oh, está abrumado de trabajo! Preside Consejos de Administración, forma parte de Comisiones técnicas, despacha cien consultas diarias... El asunto de ustedes es el que más le ha preocupado estos días. No tienen ustedes idea del calor, ¡qué digo calor!, del fuego con que don Enrique ha defendido los intereses de ustedes. "A esas numerosísimas familias modestas—decía—que han venido a traer sus ahorros a nuestra Caja de Previsión fiadas en nuestra probidad, en nuestra rectitud y en nuestra honradez, no podemos decirles: Habéis perdido vuestros ahorros, habéis perdido vuestro dinero. ¡No!"

VIE. 2.ª ¿No?

SECRE. No.
VIE. 1.ª Don Enrique es un caballero.
VIE. 2.ª Tiene muchísima vergüenza.
JOVEN. ¡Es buenísimo! (*Están muy animadas.*)

## ESCENA II

*Dichos y don Enrique.*

VIE. 1.ª Buenos días, don Enrique.
JOVEN. ¿Cómo está usted?
VIE. 2.ª Ya nos ha dicho su secretario que gracias a usted...
ENRI. Sí. Y vengo a darles una buena noticia. Hemos encontrado una fórmula magnífica. La Comisión liquidadora ha acordado por unanimidad que se les pague a ustedes hasta el último céntimo.
VIE. 1.ª ¡Muchísimas gracias, señor!
VIE. 2.ª Para levantarle una estatua.
JOVEN. ¿Lo ve usted, doña Virtudes? Lo que yo decía. No hay cuidado. ¡Estando en manos de don Enrique!
VIE. 1.ª ¡Es usted un perfectísimo caballero! ¿Y nos lo devolverán todo?
ENRI. Hasta el último céntimo. (*Gestos y aspavientos de alegría de las mujeres.*) En un plazo improrrogable de ochenta años cobrarán ustedes todo.
TODAS. (*Abriendo la boca.*) ¡Oh!...
ENRI. Ni un día más. Mi secretario les dará el convenio.
SECRE. Aquí está.
ENRI. (*Al mutis.*) Tengan la seguridad de que el dinero de ustedes está en manos de personas respetabilísimas.
VIE. 1.ª ¡Vaya! Menos mal.
VIE. 2.ª (*Abrumada.*) ¡Ochenta años, Virtudes!
VIE. 1.ª ¡Casi un siglo!
SECRE. El tiempo se pasa volando.
VIE. 1.ª Bueno. Pues que me lo lleven a la Sacramental de San Justo, donde estaré para entonces. Allí tiene usted su casa. La he tomado perpetua.

## ESCENA III

*Castilla, Clara, doncella*; luego, *Enrique.*

CASTI. (*Asombrado, mira a todo con la boca abierta, girando sobre los talones.*) ¡Qué bárbaro! ¡Qué bruto!... ¡Qué...!

CLARA. ¿Qué le pasa al señor?

CASTI. (*Sin oírla.*) ¡Qué bruto! No; si yo dije siempre que éste era un tío de suerte.

CLARA. ¿Quiere usted que le traiga periódicos?

CASTI. (*Reparando.*) ¡Y vaya una doncella!... No. Prefiero que me dé usted conversación.

CLARA. Tengo otras cosas que hacer.

CASTI. ¡Doncella! ¡Y con esa boca! ¡Y con esos dientes! Ríase usted un poco, que yo vea esos dientes.

CLARA. (*Riendo.*) ¡Qué señor más bromista!

CASTI. ¡Doncella! Di tú que has tenido una suerte loca de tropezar conmigo. Ya le puedes dar gracias a Dios.

CLARA. Se las daré.

CASTI. Te advierto que lo que yo digo no falla. A tu amo, a Enrique, le dije hace siete años que llegaría y ha llegado. (*Mirando a su alrededor.*) La última vez que nos vimos me dió un sablazo de dos duros. ¡Qué simpático es el ladrón! ¡Yo lo quiero de verdad, con el corazón! (*La agarra.*)

CLARA. ¡Bueno, pero déjeme usted!

CASTI. ¡Ah!, es verdad. Perdona. ¿Te quieres dedicar al cine?

CLARA. ¿Yo? No, señor. (*Vase.*)

CASTI. ¡Este Enrique vive colosalmente!

## ESCENA IV

*Castilla* y *Enrique.*

(*Aparece Enrique. Ha envejecido algo. Viste elegantemente.*)

CASTI. (*Con grandes aspavientos.*) ¡Ven acá, sinvergüenza! ¡Ven acá!... (*Se va a él y lo abraza.*) ¡No tienes ni chispa de vergüenza!

ENRI. (*Zafándose.*) ¿Por qué?

CASTI. ¡Calla, hombre, calla! Mira que ser tú gerente de la Banca Moisés, fundador de la Ciudad Colgante, accionista de esto y de lo otro, ¡el amo de Madrid que eres tú! Y yo sin enterarme.

ENRI. Poco olfato.

CASTI. Nada, que se me van las mejores. ¡Ven acá, granuja, ven acá! (*Lo abraza; suena el teléfono.*)

ENRI. (*Se separa de Castilla y va al teléfono.*) Sí. ¡Ah! ¿Eres tú?... ¿Estás bien?... Como tú quieras. Estoy ocupado. Sí, muy ocupado. No hagáis plan conmigo. No, no... ¡Mucho! ¡Adiós!... ¡Uf!

CASTI. (*Hace muchos aspavientos, guiña un ojo y mira a todos lados.*) ¡Je, je...! ¡Con las ganas que yo tenía de abrazarte! Pero, oye (*Bajo.*): ¿has encontrado una mina?

ENRI. Pchs... ¿Y tú, cómo vas?

CASTI. Mal. Ando en cosas de cine. He editado en Barcelona "La novela fogosa", le escribí piezas a la Chelito... (*Gesto de Enrique.*) ¡Hay que vivir, chico, y todos no somos águilas como tú!

ENRI. ¡Qué lástima! ¡Un hombre tan inteligente ocupado en asuntos de tan poca moralidad!

CASTI. ¡Las mujeres! Me han matado las mujeres. Por ellas he perdido la fe y la salud, como Salomón. Y ocasiones de ganar dinero también. Y es que soy un sentimental. Por no separarme de Conchita.

ENRI. ¿Sigues con ella?

CASTI. ¡Siempre! Es mi único amor espiritual. Al lado de ella he pasado los mejores años de mi juventud..., los malos ratos y los buenos... (*Pausa.*) El caso es que a mí me gustan todas, pero Conchita es siempre mi amiga, la mujer de mi ternura, y yo te soy franco, por dinero, por tener una posición mejor, no la dejaría. ¡Yo no soy un desalmado ni un sinvergüenza!

ENRI. ¡Un desalmado!

CASTI. ¿Estás de acuerdo conmigo?

ENRI. (*Se ríe sin alegría.*) ¿Que estás hablando? Vienes de la luna, Castilla. ¿Qué no harías tú por dinero? ¡Lo que todo el mundo!

CASTI. (*Gesto de repulsa.*)

ENRI. (*Exaltado.*) Mira a tu alrededor y verás cómo las gentes corren por atraparlo. Por él hay héroes, y sabios, y ladrones, y poetas; por él se trabaja con las manos y con el cerebro, se enseña moralidad y se escriben piezas para la Chelito. Por el dinero baila el perro, Castilla. Y tú mismo, ¡cuántas cosas no habrás hecho tú por dinero!

CASTI. ¡Protesto! Es posible que yo haya hecho cosas que... en fin, cosas. Por vivir. Las haría por vivir; pero yo te digo que hay límites que el hombre no debe traspasar aunque le dieran todo el dinero que hay en los sótanos del Banco. (*Gesto de Enrique, que se encoge de hombros; Castilla lo mira fijo.*) Y en otros tiempos pensabas tú como yo.

ENRI. Es posible.

CASTI. Oye: ¿cómo está Elena?

ENRI. (*Como si le abrieran una herida.*) No sé nada de ella.

CASTI. ¿Desde cuándo?

ENRI. Desde hace cinco años. Parece que se la tragó la tierra. He indagado, la he buscado, lo he revuelto todo...

CASTI. ¡Qué extraño! Ella te quería mucho. Tú eras su Dios.

ENRI. He querido olvidar... No es fácil olvidar, Castilla.

CASTI. Otras mujeres...

ENRI. Tampoco. De pronto surge la sombra de Elena aquí y las echa a todas.

CASTI. Siempre se ha dicho que un clavo saca a otro clavo.

ENRI. ¡Mentira! ¡Como se te haya remachado en el corazón, di tú que es mentira! (*Una pausa.*)

CASTI. No te preocupes más, Una mujer de los méri-

tos de Elena habrá encontrado un hombre, habrá rehecho su vida...

ENRI. ¡No! ¡Eso no! ¡Antes muerta! ¡Preferiría que estuviera muerta!

CASTI. Entonces, ¿por qué la abandonaste?

ENRI. Si las cosas se hicieran dos veces... Pero ya no tiene remedio. Bueno, ¿tú querías algo de mí?

CASTI. Hombre, sí. Venía a pedirte... Tengo un apuro, ¿comprendes?

CLARA. ¡Don Moisés!

ENRI. Espérame en la sala. (*A Clara.*) Acompaña al señor.

CASTI. (*A la doncella.*) ¡Qué lástima que no te guste el cine! (*Mutis.*)

## ESCENA V

*Enrique, Moisés;* luego, *Clara.*

(*Entra Moisés.*)

ENRI. Buenos días, don Moisés.

MOI. Necesito este despacho. Tengo que recibir aquí una persona que vendrá de un momento a otro.

ENRI. Muy bien, pues le dejo. (*Ademán de salir.*)

MOI. Pero quédate por ahí cerca. Puedo necesitarte.

ENRI. Estaré al cuidado. No tiene más que llamar.

MOI. Puede que haga falta tu elocuencia; tú eres muy elocuente con las mujeres. (*Gesto de Enrique.*) Sí, sí, tú sabes hablar dos horas sin tener nada que decir.

ENRI. Pues ahí me tendrá usted atento y dócil como un perro. No tiene más que silbar y el perro estará aquí en seguida. (*Vuelve a marcar el mutis.*)

MOI. Espera un instante. *(Enrique se detiene.)* Quisiera saber lo que harías tú si estuvieras en mi lugar.

ENRI. No le puedo decir... No sé de qué clase de mujer se trata.

MOI. Ni yo. (*Vacilando.*) Ni acierto a explicártela.

Conozco a los hombres bastante bien; a veces me basta una ojeada para saber lo que hay detrás de la apariencia. Pero de mujeres sé muy poco. Esta mujer, por ejemplo, es para mí incomprensible. Me intimida.

ENRI. (*Menea la cabeza.*) Malo. Con las mujeres hay que ser audaz.

MOI. Lo intentaré. Hasta ahora, las veces que quise hablarla no supe cómo empezar.

ENRI. Acaso es una mujer verdaderamente difícil.

MOI. Para mí, desde luego.

ENRI. ¿Y cómo ha logrado usted que venga?

MOI. ¡La Caja de Previsión! Había metido veinte mil pesetas en nuestra Caja de Previsión. Pienso devolvérselas.

ENRI. ¡Caramba!

MOI. (*Riendo.*) Me ha tocado Dios en el corazón.

ENRI. (*Riendo.*) Para El (*Señalando al cielo.*) no hay imposibles. ¡Ahora, que ya le habrá sido difícil encontrarle a usted el corazón! (*Ríen jovialmente.*)

MOI. ¡Si esa mujer supiera cómo me interesa, lo mismo me podría sacar veinte mil pesetas que veinte mil duros!

ENRI. ¡No voy a tener más remedio que creer que Dios le ha tocado el corazón! ¡Claro que hasta ahora usted piensa conquistarla con el propio dinero de ella!

MOI. (*Que ha sacado un espejito y se mira; enérgico.*) ¡Ese dinero ya es mío! (*Transición.*) ¿Cómo me encuentras?

ENRI. De aspecto, muy bien.

MOI. Te extrañará que me mire al espejo ¿eh? Esto no me ocurría antes. Ahora, ya lo ves, me miro y me doy coba constantemente. (*Llaman con los nudillos.*) ¡Adelante!

CLARA. Traen unos encargos para el señor. Unas cajas.

MOI. Sí, sí; pásalos aquí. (*Vase la criada.*) He comprado corbatas, calcetines y pañuelos claros. En estos negocios la presentación debe tener importancia.

ENRI. Enorme; perfúmese discretamente, póngase una flor en el ojal, presente usted sus músculos con la mayor elasticidad posible... Es decir, atrape usted una brizna de juventud y hagala brillar delante de ella como un señuelo... Acortará usted la distancia y le irá haciendo olvidar que tiene usted cabellos blancos... (*Entra Clara con un montón de cajas de cartón y paquetes.*)

MOI. Sí, sí. Tú me ayudarás. (*A Clara.*) Lleva eso a mi cuarto. (*La criada se dispone al mutis.*)

ENRI. ¡Clara!

CLARA. ¡Señor!

ENRI. Traiga un par de jarrones con flores, aquí al despacho. Bastantes flores, bonitas, que animen esto.

CLARA. Sí, señor. (*Mutis.*)

MOI. ¡Está bien esa idea!

ENRI. Alegría, aire juvenil, agilidad y obsequios, muchos obsequios, desde los bombones hasta el automóvil. Y en el instante decisivo, ¡audacia!

MOI. (*Muy animado, muy dispuesto.*) Sí, sí. Voy a perfumarme..., a ponerme una flor. ¡Verdaderamente, el hombre que sabe conquistar a una mujer tiene mucho mérito, diga lo que quiera Marañón! ¡Voy a arreglarme! (*Vase precipitado y lleno de esperanza.*)

## ESCENA VI

*Enrique, Castilla* y *Clara.*

(*Enrique abre la puerta del salón inmediato y entra Castilla.*)

CASTI. (*Mirando, resabiado.*) ¿Se fué tu jefe?

ENRI. Está perfumándose, porque hoy anda de conquista. Se va a poner precioso.

CASTI. Con el dinero que tiene este tío ¿qué mujer se le va a resistir?

ENRI. Cualquier mujer honrada. La tuya.

CASTI. (*Dando un salto.*) ¿Eh? (*Enrique lleva esta es-

*cena lenta por su parte para hacer sufrir a Castilla, que replica vivamente.)*

ENRI. Si este hombre se propusiera conquistar a tu mujer por dinero, ¿crees que lo conseguiría?

CASTI. ¿A Conchita? Pero, oye, ¿es que este tío?...

ENRI. Contéstame a lo que te pregunto.

CASTI. No; no lo conseguiría. Haría el ridículo. El que le vaya con dinero a Conchita hace el ridículo. Para ella hay en la vida muchas cosas que están por encima del dinero. (*Castilla habla ya de mal humor.*)

ENRI. ¡Enhorabuena!

CASTI. Pero ¿tú sabes algo?

ENRI. (*Riéndose.*) ¿En qué quedamos? ¿Estás seguro o no estás seguro?

CASTI. (*Rehaciéndose.*) ¡Estoy seguro!

ENRI. Entonces ¿por qué te sobresaltas? *(Entra Clara con dos grandes búcaros de flores y Enrique se calla. Clara coloca las flores seguida por la mirada de Enrique.)*

CLARA. ¿Algo más, señorito?

ENRI. Nada más. (*Vase la criada. Enrique continúa su conversación, con la mirada fija en uno de los búcaros.*) Realmente yo no sé quién es la señora que mi amo trata de comprar. (*Mirando a Castilla.*) Sólo sé el precio que la ha puesto y esto ya me llena de alegría. ¡En siete años que estoy a su servicio es la primera vez que he visto vacilar su fe en el dinero!

CASTI. (*Servilmente.*) Entonces eso de Conchita es un ejemplo que se te ha ocurrido.

ENRI. Un ejemplo contra el sentido reverencial de la riqueza. ¿Qué mujer resistirá al dinero?—has preguntado—. Y yo te digo que cualquiera, porque somos los hombres los que damos al dinero ese poder de brujería.

CASTI. ¡Es verdad! ¡Qué asco de dinero! (*Pausa. Transición.*) Oye, ¿puedes darme quinientas pesetas?

ENRI. Sí. Y te convido a almorzar. Hace siete años que te debo una comida: ¿te acuerdas?

CASTI. ¡No me hables! Tus cosas yo no las olvido

nunca. Hoy comeremos y charlaremos a gusto. ¡Ah! Oye, tengo que salir un instante a mandar un recado.

ENRI. *(Riendo.)* Ten cuidado, no sea que si te vas no me vuelvas a ver.

CASTI. *(Escamado.)* Es verdad. A lo mejor esto es cosa de brujería y tú eres una sombra que te desvaneces. *(Accionando.)* ¡Puf! Mira, por si acaso te desvaneces dame esas pesetas, que me hacen mucha falta.

ENRI. *(Riendo.)* Toma. *(Le da un billete.)* Pero si yo soy una sombra, el billete puede ser otra sombra...

CASTI. Está dicho: no me voy. ¿Puedo enviarle desde aquí un recado a Conchita?

ENRI. Mandaremos a buscarla y comeremos los tres juntos.

CASTI. Sí, sí. Se alegrará mucho de verte.

CLARA. *(Entrando.)* Una visita para don Moisés: una señora. *(Castilla, que ha recobrado su buen humor, la mira, lamentando que no quiera dedicarse al cine.)*

ENRI. Pásela aquí y avise al señor. Y tenga cuidado que no les interrumpan.

CLARA. Bien, señorito. *(Castilla hace una seña a Enrique, como diciendo: "Ahí está ésa". Enrique asiente.)*

ENRI. Vente por aquí. *(Clara vase para introducir a la visitante. Enrique y Castilla hacen mutis por la lateral izquierda.)*

## ESCENA VII

*Elena, Clara;* luego, *Moisés.*

*(Un instante después Clara introduce a Elena.)*

CLARA. Un momento, señora. *(Deja a Elena en el despacho, cierra la puerta y vase a avisar a don Moisés.)*

ELENA. *(Viste bien; sencilla, elegante, sin ostentación.*

*Los siete años transcurridos llevároonse la rozagante lozanía de su cara, pero le dieron nobleza, serenidad y reposo. Está algo pálida y los ojos sombreados. Quizás más bella, y desde luego más interesante. Se queda de pie y curiosea el despacho, deteniéndose delante de las bellas flores. Aparece Moisés. Se ha puesto una gran flor en el ojal y sale retocándose la corbata, la solapa, etc.).*

MOI. (*Efusivo, jovial, regocijado.*) ¡Hola, señora! (*Dando los últimos toques al tocado.*) Buenos días, señora. (*La da la mano.*) Cuánto me alegro... Tenga la bondad de sentarse. Aquí. (*La indica una butaca próxima.*) Estará usted mejor aquí.

ELENA. Vengo para que hablemos de aquel asunto.

MOI. Sí, señora, sí... Dentro de un instante.

ELENA. ¿Acaso he llegado inoportunamente?

MOI. ¿Usted? ¿Llegar usted inoportunamente? Eso es imposible. Usted no puede llegar nunca inoportunamente. (*Conforme dice esto se toca el nudo de la corbata, se tira de la chaqueta, del pico del chaleco, estira las piernas, se mira las puntas de los zapatos, etc.*)

ELENA. (*Agradeciendo el cumplido con una sonrisa.*) ¿Y qué me dice usted? ¿Podrá arreglarme mi asunto?

MOI. ¿El asunto de usted? Claro. En eso estamos, ¿comprende usted? Yo lo he tomado con tanto interés como si fuese mío.

ELENA. Se lo agradezco extraordinariamente. Esas veinte mil pesetas son una gran parte de lo que me dejó mi padre hace cuatro años. Usted verá: para mí, que vivo modestísimamente, es una suma importante, casi una fortuna.

MOI. Descuide, descuide, señora... Es decir, perdóneme usted. No sé si llamarla señora o señorita.

ELENA. Es igual.

MOI. (*Que va y viene, hace al andar genuflexiones, estira los músculos según las indicaciones de

*Enrique, se para ante ella.*) ¡Ah!, es igual. Es decir, que usted no da importancia a esos detalles.

ELENA. ¡Psh! (*Hace un gesto amable y vago.*)

MOI. ¡Ah! ¿Psh? ¡Gracias a Dios, hombre!

ELENA. ¿Gracias a Dios, qué?

MOI. Nada... Eso. Que usted no da importancia a ciertos detalles. Es usted una mujer sin prejuicios.

ELENA. No lo crea usted; algunos me quedan. Realmente yo soy una mujer vulgar. Poco más o menos como todas. (*Levantándose y poniendo los papeles sobre la mesa.*) ¿Quiere usted ver si estos documentos están bien?

MOI. ¿Qué documentos? ¡Ah, sí! (*Sin mirarlos.*) Están bien. No se preocupe usted; están bien. (*Los mira.*) Sí... Pero siéntese. Tenemos tiempo, tenemos tiempo. (*Volviendo al tema.*) Conque usted dice que es una mujer vulgar.

ELENA. Completamente vulgar, don Moisés.

MOI. No es ésa la idea que yo tengo de usted.

ELENA. ¡Qué curioso! ¿Usted tiene una idea acerca de mí?

MOI. Sí..., una idea que me he formado.

ELENA. A ver, dígala.

MOI. Creo que es usted una mujer formidable.

ELENA. ¿Por qué?

MOI. Porque arroja usted todos sus encantos sobre uno como si fueran una red, y ya no puede uno escapar.

ELENA. ¿De modo que verme a mí y enamorarse es instantáneo.

MOI. No la hablaré de amor por si la palabra le suena a usted ridícula.

ELENA. En labios de un hombre, absurda.

MOI. Yo diría más bien que la atracción de usted es algo químico. (*Gesto de sorpresa de Elena.*) Sí, sí. Usted atrae químicamente, materialmente.

ELENA. De modo que yo soy algo así como un imán.

MOI. Justo. Un imán. Esto me dice mi razón y mi experiencia. Mis ojos, en cambio, me dicen que

es usted una mujer encantadora, fragante y sabrosa como una manzana, como una flor... (*Inclinándose sobre ella.*)

ELENA. (*Levantándose y esquivando con una carcajada.*) ¡Caramba, don Moisés, qué galante!

MOI. ¿No le gusta a usted que sea galante?

ELENA. Los hombres galantes no son sinceros.

MOI. Entonces me callaré, porque no voy a decirla solamente sus defectos si es que la encuentro alguno.

ELENA. Pues ése es mi carácter. Me gusta que me hablen de mis defectos—mis amigos, naturalmente—. Aunque estén absurdamente equivocados acerca de mí, como me parece que está usted.

MOI. ¿De modo que yo la tengo que sacar a usted defectos?

ELENA. Lo prefiero. ¡Las galanterías fatigan tanto! ¡La verdad! ¡Ya es hora de que los hombres digan la verdad!

MOI. (*Temblando, por si la sienta mal.*) Bueno, pues la diré que me parece usted bastante presumida.

ELENA. (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! ¿Presumida? ¿Tonta? ¿Estúpida? (*Ríe más.*) Tiene usted razón. (*Poniéndose seria.*) Tengo muchos defectos, muy grandes defectos, pero presumida, no creo. Tal vez lo soy. ¡Verdaderamente, ni una misma sabe cómo es! (*Saca un espejito del bolsillo y se mira.*) ¡Ni el espejo siquiera me dice la verdad!

MOI. Estará enamorado de usted.

ELENA. ¡Otra galantería! ¡Es usted incorregible!

MOI. ¡Tengo el corazón de un chico de veinte años!

ELENA. ¿El corazón? (*Ríe.*) Bueno, dicen que el corazón no envejece nunca.

MOI. Yo se lo aseguro a usted.

ELENA. Claro; usted lo debe saber. (*Pausa. Una risa forzada.*) ¿No le parece que debiéramos arreglar el asunto de mis pesetas, que es a lo que yo he venido?

MOI. Ese asunto casi lo ha arreglado usted; en cambio, yo no he arreglado el mío.

ELENA. ¿Cuál es el de usted?

MOI. El mío es un veneno que se me ha metido en las venas y en el corazón; un martirio que ha empezado a sufrir mi cuerpo desde un tiempo a esta parte; un infierno... una locura...

ELENA. (*Poniéndose los guantes y preparándose a marchar.*) Eso dígaselo al médico. Yo nada puedo hacer.

MOI. Espere, por favor; un momento, sólo un momento. Me falta que decirle a usted lo principal.

ELENA. ¿Y qué es lo principal?

MOI. (*Meloso.*) ¿No se lo figura usted?

ELENA. ¡Ah!, claro. El día que he de cobrar las veinte mil pesetas. ¿Es eso?

MOI. (*Desesperado.*) E... eso. Claro. El día que... (*Hablando consigo mismo. Da unos pasos, estira brazos y piernas y se dispone a tomar una resolución.*) ¡Me hace falta audacia! ¡Audacia! ¡Ahora, o nunca! (*Se vuelve como para arrojarse sobre ella, pero ella lo recibe con una sonrisa y lo deja paralizado.*)

ELENA. (*Sonriente.*) Pues usted me dirá.

MOI. ¡Je! Cuando me separo de usted tengo todas mis energías; cuando me aproximo a usted las pierdo. Es curioso. ¡Je!

ELENA. ¿Le parece a usted que envíe luego por el dinero?

MOI. Cuando quiera; el dinero lo tendrá cuando quiera. *(Para sí.)* ¡Nada, que yo no sirvo para esto!

ELENA. Pues adiós, y muchas gracias. (*Va a marcharse y Moisés corre a cerrarla el paso.*)

MOI. ¡No! ¡Usted no se va!

ELENA. ¿Qué hace usted?

MOI. Yo ansiaba esta entrevista. La fuerza con que latía mi corazón... ¡Pero ya está usted aquí! ¡Aquí!

ELENA. ¡Apártese usted!

MOI. No grite. Todos los que hay en la casa son servidores míos.

ELENA. (*Altiva; mirando fieramente al viejo.*) ¿De modo que esto era una emboscada?

MOI. (*Arrojando la máscara.*) Sí; una emboscada para decirte que estoy dispuesto a ser tu esclavo. Si es dinero lo que necesitas, yo tengo dinero. Puedes triunfar, ser la mujer de moda, deslumbrar a las gentes... Te ofrezco todo lo que ambiciones. ¡Déjame besar solamente el borde de tu vestido y te serviré toda mi vida! (*Avanza hacia ella.*)

ELENA. ¡Atrás! (*Colocándose tras un obstáculo una mesa, una silla, un mueble.*) ¿Quién es usted para hablarme así?

MOI. Yo tengo en mis manos tu fortuna; puedo dártela o puedo quitártela...

ELENA. Róbeme si quiere, arruíneme, pero no se arrime ni me toque, porque no respondo... (*Está rabiosa como una pantera acorralada.*)

MOI. ¡Qué hermosa está usted de indignación y de miedo!

ELENA. (*Con desprecio.*) ¡Cobarde!

MOI. ¡Deme usted una prueba, por pequeña que sea, de afecto, y la serviré toda la vida! ¡Haré hasta imposibles! (*Va hacia ella.*) ¡Venga usted!

ELENA. (*Grita, repeliéndole.*) ¡Atrás! ¡No me toque usted! ¡No me toque usted! (*Se abre la puerta y aparece Enrique. Ella, al verlo, ahoga un grito.*)

ENRI. ¡Tú! ¿Eres tú?

MOI. (*Como hablándose a sí mismo.*) ¡Es una leona! ¡No quiere comprender la felicidad que la ofrezco! (*A Enrique.*) Cálmala. Tranquilízala. Dile que yo la necesito y que sé pagar. Que yo pago... que yo pago... (*Moisés dice estas dos frases finales a hurtadillas, hablando a Enrique por encima del hombro, al oído, disimuladamente. Moisés no se ha hecho cargo de la situación, y se alegra de la llegada de Enrique, que le da un respiro. Enrique, por su parte, tan absorto lo ha dejado el encuentro de Elena, que no ve nada ni oye nada, excepto ella. Moisés se desliza fuera de la habitación. Enrique da un paso hacia ella.*)

ENRI. ¿De modo que eras tú?

ELENA. (*Con gesto de asco.*) Así parece. Yo. (*Pausa breve.*) Tenía que encontrarte aquí, en este sitio, entre "caballeros" como ése que acaba de salir. ¡Dios ha querido que apure el cáliz hasta la última gota y me pone delante de ti en este momento para que vea lo bajo que has caído! (*Coge sus papeles y se va a marchar.*)

ENRI. (*Deteniéndola del brazo.*) Un instante, Elena. no quiero que te separes de mí con esa impresión.

ELENA. ¿Acaso es mentira?

ENRI. Es verdad.

ELENA. Entonces...

ENRI. Pero es preciso que hablemos. Yo te quiero explicar...

ELENA. (*Atajándole.*) ¿Qué me explicarás tú que yo no sepa ya... de ti?

ENRI. Una cosa hay que no sabes.

ELENA. A ver.

ENRI. Que te he querido siempre y que te quiero ahora más que nunca.

ELENA. (*Riendo a carcajadas.*) ¡Ja, ja, ja!... ¡Esa es la cosa de más gracia que yo te oí en mi vida! (*Ríe con menos fuerza.*) Mira, no creí yo que iba a reírme hoy, porque, la verdad, lo que me pasa no es para reír. ¡Que un hombre que ha hecho conmigo lo que has hecho tú, diga todavía que me quiso siempre!... (*Irónica.*)

ENRI. Te sobra razón para decir eso y más; pero ten la seguridad de que yo daría mi sangre ahora, gota a gota, por borrar el pasado.

ELENA. ¡La seguridad! ¡Qué palabras más oportunas empleas, Enrique! Poner el cariño en ti y poner el dinero en este Banco, tiene la misma seguridad. (*Muere la sonrisa irónica en sus labios. La da como un mareo y tiene que apoyarse en la mesa.*)

ENRI. (*Acudiendo.*) ¿Qué te pasa? ¿Te pones mala?

ELENA. Sí, no es nada. Los nervios. No esperaba esto. Me habéis pillado desprevenida.

ENRI. Estás temblando.

ELENA. Sí; son muchas cosas así de repente, pero ya se pasarán. (*Reponiéndose un poco.*) ¿No habías empezado tú a contarme un cuento gracioso? Sigue, sigue.

ENRI. No me hables en ese tono. (*Suplicante.*)

ELENA. ¿Qué tono te gusta más? ¿El patético? ¿El cariñoso? ¿El sentimental? El tono sentimental es de mal tono, y, además, da pésimos resultados. Te lo digo yo, que lo sé por experiencia; que siempre fuí una tonta, es decir, una sentimental. En la vida hay que ser práctico, como lo has sido tú. Que estorba un cariño, se le tira; que estorba una mujer, se la abandona; que estorba un juramento, se le quebranta. En lugar de corazón te pones una máquina de calcular y te quedas con el dinero de todos los sentimentales. Y a ser feliz.

ENRI. Todo eso lo he hecho yo, y no soy feliz.

ELENA. ¿Qué me dices?

ENRI. ¿Lo eres tú?

ELENA. ¿Por qué te comparas conmigo? Yo no ambicionaba nada, y nadie hubiera podido comprarme por dinero mi felicidad. A mí es que me la quitaron, me la quitaste tú...

ENRI. ¡Perdóname!

ELENA. Me dejaste maldecida de mi padre, aborrecida de todos y deshonrada y sola...

ENRI. Tienes razón.

ELENA. No tuviste caridad, no te dió lástima de la pobre mujer que había renunciado a todo por ti.

ENRI. ¡Cómo me guardas rencor!

ELENA. ¿Por qué? ¿Por qué no quisiste seguir pasando hambre y apuros a mi lado?... Si me hubieras querido hubieras luchado hasta el último instante junto a mí; hubiéramos luchado los dos. Pero eres un desdichado si habiendo alcanzado lo que querías no eres feliz. A menos que no mientas ahora también.

ENRI. No. Te digo la verdad como si estuviera delante de Dios. Quise dinero y he ganado dinero. ¡Y el dinero me ha proporcionado placeres, he

satisfecho mil veces mi vanidad, pero una alegría verdadera, un minuto como éste, no lo he conocido yo desde hace cinco años, Elena!

ELENA. (*Irónica.*) ¡Vaya! ¡Vaya! ¿Es posible?

ENRI. ¡Yo te juro por la salvación de mi alma que hice un mal negocio cuando corté en flor la deliciosa aventura de nuestra vida!

ELENA. ¿Por qué lo hiciste?

ENRI. Te veía sufrir...

ELENA. ¿Me quejaba yo? ¿Te agobiaba yo para que trajeras a casa más dinero?

ENRI. Tienes razón. No es eso. Lo hice porque me veía postergado. Creí que no hacían justicia a mi talento. Me encerraba entonces en mi cuarto como la araña en su rincón, y en aquellos instantes de ferocidad lo hubiera vendido todo... ¡Todo!

ELENA. ¡Por dinero! ¡Qué asco!

ENRI. Quería brillar, ser como un sol, que me vieran de todas partes. ¡La humildad, la pobreza, la resignación! Todo eso no son más que cuentos. Los hombres buscarán siempre un amo a quien servir, ante quien doblar el espinazo a cambio de dinero. Desde que me hice estas reflexiones, todo mi afán fué lograr la fortuna por cualquier medio.

ELENA. Tú, tú, y siempre tú... ¿Pero y yo? ¿No valía yo la pena de una mirada? ¿Yo, que no tenía ni padre, ni familia, ni reputación? ¿Yo, que no tenía a nadie más que a ti en el mundo? ¡Bah! ¡Y que por un hombre como tú perdiera yo la cabeza! (*Se pone de pie como preparándose para marchar.*)

ENRI. Veo que no me puedes perdonar; que me odias. (*Hay en su rostro una profunda y sincera tristeza, y sus palabras reflejan amargura.*)

ELENA. ¿Odiarte? ¡Psh! (*Se encoge de hombros.*)

ENRI. Pues háblame como antes.

ELENA. No es posible que tú y yo volvamos a tratarnos como antes.

ENRI. Si queda en el fondo de tu corazón algo de lo

que sintió por mí, es posible todo todavia. (*Aparece Moisés.*) Tú eres mi última esperanza. Una palabra tuya será mi salvación o mi castigo. ¡Una palabra tuya!

ELENA. ¡No! ¡No la mereces! (*En este momento avanza Moisés, que apareció en escena cuando se indica, pero sin ser notado por Enrique ni Elena. Moisés se dirige a Enrique, y con ademán imperioso dice, señalándole la puerta:*)

MOI. ¡Sal! (*El primer movimiento de Enrique es para obedecer. Automáticamente da despacio un paso y luego otro paso para marcharse; mas de pronto se detiene y se vuelve hacia los dos personajes que quedan en escena. Moisés lo observa, y al ver que se detiene y parece no acatar la orden, repítele severamente:*) ¡Le he dicho a usted que salga de aquí!

ENRI. (*Con voz natural, algo apagada, pero firme.*) No.

MOI. (*Empezando a demostrar su furor.*) ¿Que no? ¿Con qué derecho se niega usted a obedecer una orden mía? ¿No está usted en mi casa? ¿No es usted mi servidor? ¿No sabe usted que puedo volver a hundirlo en la miseria de donde lo saqué?

ELENA. ¡Por dinero!

MOI. (*Volviéndole con desprecio la espalda y dirigiéndose a Elena.*) Perdone, señora. Yo no puedo tolerar que este hombre se rebele contra mí. Le he comprado la fidelidad y se la he pagado bien. Yo siempre pago bien. Tengo interés en que usted lo sepa, porque quiero ser su amigo de usted, el mejor amigo de usted...

ENRI. (*Reaccionando, estalla, violento.*) ¿De quién? ¿De esta mujer? (*Ríe nerviosamente.*) ¡Usted me compró a mí la dignidad, el decoro, la conciencia..., soy su testaferro, su esclavo! ¡Pero usted no me compró el corazón, y para quitarme a mí esta mujer hay que arrancarme el corazón! (*Moisés avanza hacia Enrique.*)

ELENA. (*Interponiéndose en un arranque de energía vio-*

*lenta.*) ¡Quieto! (*Dirigiéndose a Enrique.*) ¿Quién te ha dicho a ti que estoy yo aquí para que tú me tires y me recojas? ¿Con qué derecho te cruzas en mi camino y te atraviesas siempre en mi vida? ¿Es que quieres llevarme contigo para venderme otra vez? ¿No te basta con haberme cogido con los ojos cerrados y haberme tirado al barro diciendo: "¡Anda, vete por ahí, que ya tienes bastante para morirte de vergüenza!" ¡Tú has sido la ruina de mi casa y la mía; tú has llenado mi alma de angustia y de sombras; tú me has dejado en medio de la calle expuesta a todo, y he conocido la amargura de verme abandonada y de no tener dónde ir..., de llorar sola..., ¡sola! ¿Cómo tienes valor de mirarme a la cara? Entre tú y yo no hay nada, no hubo nunca nada. El hombre que yo quise, por quien yo dejé mi casa, mi familia y mi honra, no eres tú, ¡mentira! Yo no pude pagar tanto por lo que no valía nada. Yo lo di todo por una ilusión. Es verdad, y no me arrepiento. ¡Pero esa ilusión no eras tú!

TELON

# EL TEATRO

## OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor,* por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías,* por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca,* por Felipe Sassone.
4 *Encarna la Misterio,* por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde,* por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal,* por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal,* por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!* por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco,* por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de Don Juan,* por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra,* por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara,* por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraord.º), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas,* por Marcelino Domingo.
15 *El ardid,* por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón,* por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella,* por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje,* por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua,* por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir,* por Felipe Sassone.
21 *Madame Buterfly,* por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas,* por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan,* por Carlos Arniches.
24 *La otra honra,* por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas,* por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid,* por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente,* por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes,* por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa,* por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio,* por Gabriel D'Annunzio.
31 *La galana,* por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida,* por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina,* por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa,* por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura,* por S. Ruiseñol y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini,* por C. Arniches y J. Abatí.
37 *Como buitres,* por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia,* por José Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día,* por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita,* por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona,* por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido,* por Federico Oliver.
43 *Señora ama,* por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia,* por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal,* por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra,* por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa,* por Mauricio Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz,* por C. Arniches y J. Abatí.
49 *Los leales,* por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extraord.º),, por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extraordinario), por J. Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extraordinario), por J. Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extraord.º), por J. Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61 *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76 *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
78 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80 *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.
83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.
84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavín.
85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.
86 *Todo tu amor. o Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.
89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavín.
91 *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.
93 *La nena*, por Federico Oliver.
94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97 *Doña Desdenes*, por M. Linares Rivas.
98 *Hamlet*, por Shakespeare, traducción de G. Martínez Sierra.
99 *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100 *La venganza de la Petra o donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.
101 *El doncel romántico*, por Luis F. Ardavín.

102 *La buena suerte,* por Pedro Muñoz Seca.
103 *Pimienta,* por José F. del Villar.
104 *Amanecer,* por Gregorio Martínez Sierra.
105 *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor,* por Felipe Sassone.
106 *El carro de la alegría,* por Alberto Valero Martín y Emilio Carrère.
107 *En cuerpo y alma,* por Manuel Linares Rivas.
108 *El huésped del Sevillano,* por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109 *Campo de armiño,* por Jacinto Benavente.
110 *Dios dirá,* por J. y S. Alvarez Quintero.
111 *La juerga,* por Federico Oliver.
112 *La novela de Rosario,* por Pedro Muñoz Seca.
113 *Juan de Mañara,* por Manuel y Antonio Machado.
114 *A martillazos,* por M. Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115 *El hijo de Polichinela,* por Jacinto Benavente.
116 *¡Calla, corazón!,* por Felipe Sassone.
117 *Mamá,* por G. Martínez Sierra.
118 *El astrólogo fingido,* por P. Calderón de la Barca.
119 *Las zarzas del camino,* por M. Linares Rivas.
120 *La niña de los sueños,* por José María Granada.
121 *La mariposa que voló sobre el mar* (extraord.º), por Jacinto Benavente.
122 *Flores y Blancaflor,* por Luis Fernández Ardavín.
123 *La virgen del infierno,* por Alfonso Vidal y Planas.
124 *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno, por Carlos Arniches.*
125 *Dale un beso a papá,* por Antonio Suárez.
126 *Solera fina,* por J. Abati y J. Fajardo.
127 *El coloso de arcilla,* por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón,* por Luis Uriarte.
129 *La Lola,* por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández (extraordinario).
130 *Paloma,* por Felipe Sassone.
131 *El doctor Frégoli,* por Erzcinoff, versión castellana de Azorín.
132 *Catalina María Márquez,* por Francisco de Viu.
133 *Un caballero español,* por L. Manzano y M. de Góngora (extraordiario).
134 *Los hijos de trapo,* por Emilio Méndez de la Torre.
135 *El caballero Lobo,* por Manuel Linares Rivas.
136 *La eterna invitada,* por J. I. L. de Tena y M. de la Cuesta.
137 *Brandy, mucho Brandy,* por Azorín.
138 *El juramento de la Primorosa,* por Pilar Millán Astray.
139 *La muerte del dragón,* por P. Muñoz Seca.
140 *La boda de Quinita Flores,* por S. y J. Alvarez Quintero.
141 *Contrabandista valiente,* por Joaquín Dicenta.
142 *No tengo nada que hacer,* por Felipe Sassone.
143 *Los marineros,* por E. Suárez de Deza.
144 *Aire de fuera,* por Linares Rivas.
145 *Sinrazón,* por Ignacio Sánchez Mejías.
146 *La protegida,* por Manuel Fontdevila.
147 *Maitena,* por Etienne Decrept.
148 *Old Spain,* por Azorín.
149 *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.
150 *La chica del Citroën,* por E. Suárez de Deza.
151 *Como Dios nos hizo,* por Manuel Linares Rivas.
152 *La vida sigue,* por Felipe Sassone.

153 *La tonta del bote,* por Pilar Millán Astray.
154 *Cabrita que tira al monte,* por S. y J. Alvarez Quintero.
155 *Los gorriones del Prado,* por Alfonso Vidal y Planas.
156 *La ilustre fregona,* por Diego San José.
157 *Comedia del arte,* por "Azorín".
158 *Frente a la vida,* por M. Linares Rivas.
159 *Los Cuatro Caminos,* por A. Custodio.
160 *Los salvajes,* por Alberto Ghiraldo.
161 *Los pastores,* por G. Martínez Sierra.
162 *El chico de las Peñuelas,* por C. Arniches.
163 *Martierra,* por A Hernández Catá.
164 *En cuarto creciente* y *El señor Sócrates,* por M. Linares Rivas.
165 *Los que no perdonan,* por Eusebio Gorbea.
166 *El Clamor,* por P. Muñoz Seca y "Azorín".
167 *Don Luis Mejía,* por Eduardo Marquina y A. Hernández Catá.
168 *¡Sí, señor, se casa la niña!,* por Felipe Sassone.
169 *Te quiero, te adoro,* por E. Suárez de Deza.
170 *El Rodeo,* por Luis Araquistain.
171 *Lo invisible,* por "Azorín".
172 *El nido ajeno,* por Jacinto Benavente.
173 *Cándida,* por G. Bernard-Shaw.
174 *Tigre Juan,* por Julio de Hoyos.
175 *Gente conocida,* por Jacinto Benavente (extra.).
176 *Boy,* por M. Linares Rivas.
177 *"Parodi y Compañía",* por Sabatino López.
178 *El fenómeno,* por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.
179 *La pícara molinera,* por A. Asenjo y Torres del Alamo.
180 *Don Juan de Carillana,* por Jacinto Grau.
181 *La Meiga,* por F. Romero y G. F. Shaw.
182 *De la noche a la mañana,* por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.
183 *Pepita Jiménez,* por C. Rivas Cherif.
184 *El Conde de Valmoreda,* por M. Linares Rivas.
185 *El mal que nos hacen,* por Jacinto Benavente.
186 *Las hogueras de San Juan,* por J. I. Luca de Tena.
187 *La estrella de Don Benito,* por J. Téllez Moreno.
188 *La copla andaluza,* por A. Quintero y P. Guillén.
189 *La espuma del champagne,* por M. Linares Rivas
190 *Las Verónicas,* por P. Muñoz Seca y P. Pérez. Fernández.
191 *Nobleza baturra,* por Joaquín Dicenta (hijo).
192 *En Flandes se ha puesto el sol,* por E. Marquina.
193 *Hidalgo, Hermanos y Compañía,* por Felipe Sassone.

# EL TEATRO MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

| Hispano-América | | Otros países | |
|---|---|---|---|
| Año........ | Pesetas 24 | Año........ | Pesetas 40 |
| Semestre.... | » 12 | Semestre.... | » 24 |
| Trimestre... | » 6 | Trimestre... | » 12 |

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

**CONDICIONES DE VENTA**

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.




AGUILERA, 58 MADRID APARTADO 8012




Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.